



LA SOMBRA DEL FARAON

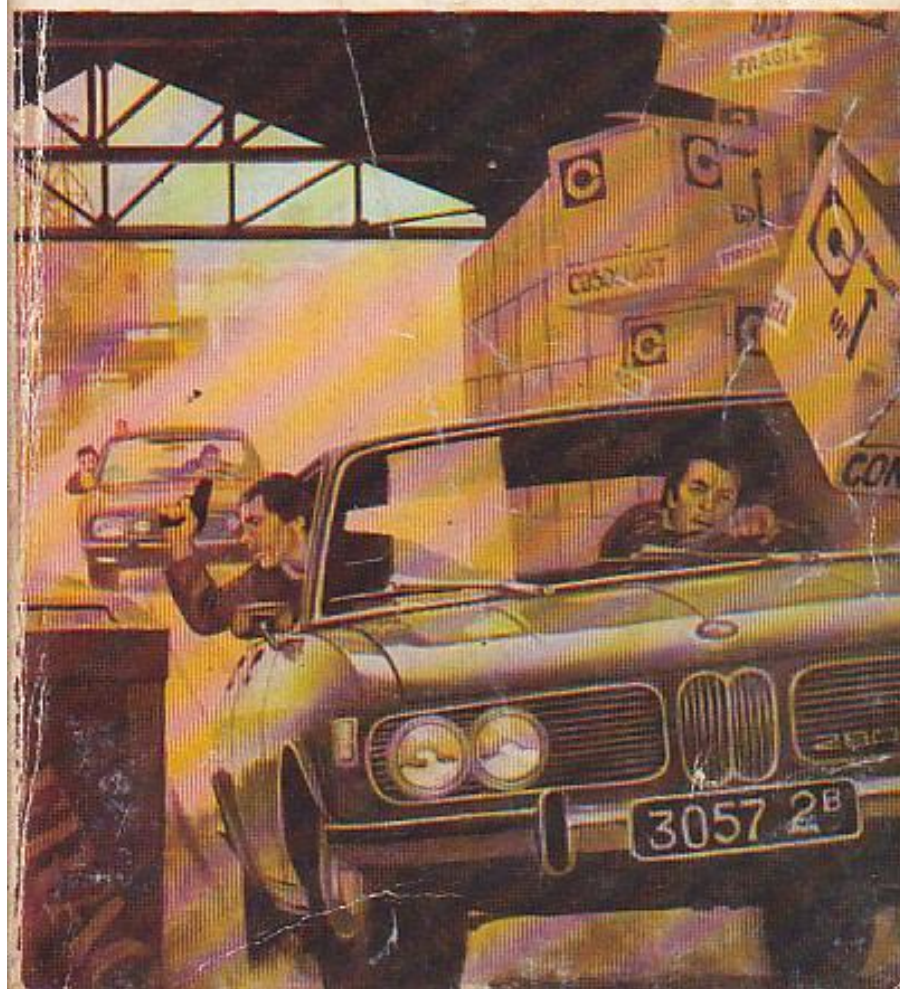
Curtis Garland

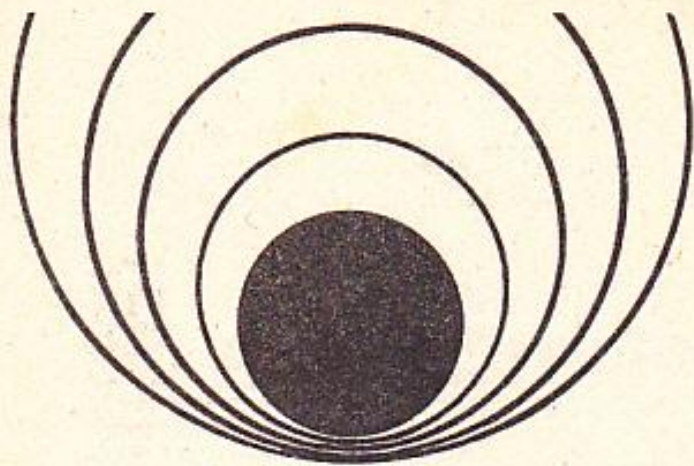




LA SOMBRA DEL FARAON

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

LA SOMBRA DEL FARAON

Colección PUNTO ROJO n.º 962 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.566 — ¡Tercera Guerra Mundial!

En Colección PUNTO ROJO:

957 — Reloj mortal.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 23.196 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Norma - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Cuando Clark Travis inició su viaje, no imaginaba ni remotamente lo que le esperaba en aquel lejano, cálido y misterioso lugar de Africa adonde iba a llevarle su simple afán viajero, su sed de conocer tierras y latitudes diversas.

Clark Travis eligió el viaje al azar. Y al azar decidió el punto adonde iba a encaminarse para conocer nuevas emociones y viejas reliquias de la Historia del mundo.

Ese lugar fue Egipto.

Nunca supo a ciencia cierta por qué lo eligió, entre, tantos otros. Deseaba pasar dos semanas lejos de su habitual vida monótona en Nueva York, trabajando rutinariamente como hace casi el noventa y nueve por ciento de la gente que puebla el mundo, y el lugar elegido fue Egipto.

Tal vez por eso. Clark Travis siempre atribuyó al destino su papel en aquella fantástica historia que, sin proponérselo, iba a protagonizar en los milenarios parajes del Nilo.

Pero en el momento de cruzar la puerta de la agencia de viajes de la Calle Treinta y Ocho para solicitar información que le decidiese a escoger su destino inmediato, él no podía prever que estaba dando el primer paso hacia un mundo de exóticos enigmas, de sangrientos acontecimientos y oscuro significado. Un inundo donde lo irreal formaría parte de lo cotidiano, donde el horror y la muerte se confundirían, casi mágicamente, con amores imposibles y con una especie de juego fantástico más allá de la vida y del tiempo.

Todo lo que ni él ni muchas otras personas como él aceptarían jamás como posible, le esperaba al término de su viaje, en el sitio escogido para su vulgar aventura prevista, de unos simples días de descanso y de ruptura con la monotonía.

Esa ruptura iba a ser tan violenta, tan definitiva, que Clark Travis ya jamás volvería a ser el mismo cuando su experiencia ame lo desconocido y lo trágico hubiese terminado...

Por ello, por desconocer su futuro, por no poder sospechar ni remotamente el asombroso misterio con que iba a enfrentarse a no mucho lardar. Clark Travis, de profesión ejecutivo de una importante empresa editorial de Nueva York, preguntó trivialmente a la rubia y

seductora joven que le sonrió profesionalmente desde detrás del mostrador de la agencia:

—Deseo información sobre viajes inmediatos al extranjero, señorita. Viajes que valgan la pena, con una duración máxima de doce a catorce días, y que no resulten rutinarios ni vulgares.

La empleada, con más amplia sonrisa aún, estiró su suéter sobre el torso, marcando más nítidamente sus bien formados y pletóricos senos, alargó una mano, inclinándose para recoger unos folletos, mientras Clark, travieso, seguía con mirada aprobadora la curva que se acentuaba en sus nalgas al forzar la postura.

—Aquí tiene varios viajes como el que usted solicita, señor. Hay uno a Extremo Oriente, otro a Sudáfrica, varios viajes por el Mediterráneo, y uno especial, combinado cotí avión y barco.

—¿Avión y barco? ¿Qué clase de viaje es éste?

—En avión hasta Londres. Roma. Atenas y. finalmente. El Cairo. Luego, en barco por el

Nilo, hasta Luxor. La travesía fluvial se realizará a bordo de una pequeña y moderna embarcación con escasas plazas de pasaje y dotada de todas las comodidades, recién puesta en funcionamiento. Se llama ese barco el *Sphynx*, o *Esfinge*, y ésta será su primera travesía por el Nilo...

—Decidido —dijo bruscamente Travis, contemplando en un folleto una fotografía impresionante de las Pirámides y de la Esfinge de Gizeh, así como una imagen del nuevo barco fluvial, una especie de lujoso yate destinado a trasladar viajeros por el Nilo, en una visita fascinante a Egipto—, Elijo éste.

—¿De veras? —se sorprendió ella—. ¿No quiere ver ningún otro?

—No. no. gracias. Ya está tomada la decisión. Quiero conocer la tierra de los faraones.

Inscríbame, por favor. Dígame el importe del viaje y los demás detalles. Tengo documentación en regla.

—Perfecto. De todos modos, necesitará ciertas vacunas para ir a Egipto...

—Bien, infórmeme de todo, señorita. ¿Cuándo es la partida?

—El avión sale pasado mañana hacia Europa. Tiene tiempo de resolver todos los trámites antes de partir. Venga conmigo, por favor. ¿Paga en efectivo o con tarjeta de crédito?

—Con tarjeta de crédito, por favor.

—Bien. El señor Scott, nuestro agente de viajes especiales, le atenderá en seguida. Por aquí, por favor...

Clark Travis siguió los pasos de la muchacha de bonita figura, admirando el contoneo de sus nalgas al taconear por la oficina. Al entrar allí, no había imaginado una decisión tan rápida. Y ahora mismo, ni siquiera estaba seguro de por qué lo hacía. Había otros viajes tan fascinantes como aquél.

Pero él había elegido ya el suyo. Y no iba a volverse atrás.

Había dado el primer paso marcado por su destino. Sólo que él no lo sabía.

Mientras tanto, en otro lugar muy alejado de los rascacielos de Manhattan y, por tanto, del joven ejecutivo de vacaciones Clark Travis, el destino daba su segundo paso moviendo a otros personajes de su oscura y fantástica trama...

* * *

—¿Cree que puede conseguirlo, doctor Kelber?

—Estoy seguro, profesor Cortland.

—Pero... ¡pero resulta tan increíble!

—Todas las cosas han sido increíbles hasta que se alcanzaron —sonrió el doctor Ethan Kelber con expresión risueña—, Ha ocurrido así durante toda la historia de la humanidad, profesor.

—Si, pero... pero muchas de esas cosas eran razonables, científicamente plausibles...

—¿Y la mía no?

—No sé qué pensar... —se pasó una mano nerviosa por la frente—. Es todo tan extraño, tan sorprendente... Si otra persona me hubiese dicho eso mismo, doctor, hubiese asegurado que estaba loca.

—¿Piensa que yo puedo estarlo?

—No, cielos, claro que no. Usted es una eminencia en su especialidad, un hombre respetable y admirado, un investigador de primera fila... Eso es lo que me asombra, lo que me deja anonadado... Si lo que usted afirma llegase a ser cierto... se convertiría en el hombre más grande de la época, de todas las épocas incluso...

El doctor Kelber meneó la cabeza lentamente, en sentido negativo, con aire escéptico.

Su voz sonó algo cansada, como indiferente:

—No sé qué decirle, profesor. Pienso que mi obra, si llega a realizarse, no tiene por qué ser tan importante ni tan grande. Tal vez, incluso, resulte negativa para el ser humano, para la sociedad en que vivimos... Puede abrir las puertas a males insospechados, profesor Cortland. Por ello quisiera que, de momento, todo esto permanezca en el silencio, en el más absoluto de los secretos.

—Naturalmente, doctor. Es que resulta imprescindible que ese secreto se mantenga por encima de todo, o la obra entera se echaría a perder. Imagine la expectación, el revuelo, la confusión, posiblemente la campaña que se desataría contra sus intenciones, contra sus más queridos proyectos... Oh. no. no. Hemos de ocultar esto, cueste lo que cueste, hasta que sea una magnífica realidad...

—Exacto, profesor. Hasta que sea una realidad, no sé si magnífica o terrible.

—¿Cómo puede hablar así del asumo? Tiene que ser forzosamente maravilloso, si algún día llega a ser cierto, si de verdad puede usted.... puede usted alcanzar el milagro.

—Milagro... —repitió la palabra como si le molestase profundamente que se hubiera pronunciado allí—. Milagro... No me gusta que se dé ese calificativo a la obra de un científico, profesor. Como médico y hombre de ciencia, no creo en los milagros, salvo en aquellos que produce un medicamento oportuno o una intervención a tiempo, y eso no son jamás «milagros», sino simplemente aciertos de la Ciencia.

—Pero esto *si* parecería un milagro...

—Sólo lo *parecería*, profesor Cortland —rectificó fríamente el médico—. Sólo eso.

—¿Y... cuándo va a intentarlo, exactamente? —se interesó el profesor, tras una pausa.

—Creo que hoy mismo.

—¡Hoy! —el profesor pegó un respingo de asombro—. ¡Imposible!

—Si no lo hago hoy, tampoco lo haré otro día. Tengo todo a punto. Y el tiempo apremia. Recuerde que las autoridades egipcias no van a darnos permiso alguno para esto. Tampoco el Colegio de Médicos lo hará, se lo aseguro. Y Londres, se escandalizaría, poniendo el grito en el cielo, si supiera que dos médicos suyos van a intentar algo que calificarían de locura, de blasfemia, de aberración, de acto demencial contra las leyes de la naturaleza... de cualquier cosa menos de un gran logro científico que, bien aplicado, podría revolucionar a la Humanidad.

—¿Y... tiene a su... a su *paciente*? —jadeó Barnaby Cortland, ligeramente pálido, mirando en torno, a las silenciosas naves del museo donde ambos hombres se hallaban.

—Sí —afirmó lentamente el doctor Kelber—. Lo tengo.

—¿Quién*quién*?

Las palabras del doctor salieron lentamente de sus labios, resonando con huecos rebotes en los muros del silencioso edificio repleto de estatuillas, figuras egipcias, vitrinas, bajorrelieves tallados en piedra policromada y sarcófagos cerrados, en perpetuo silencio.

—El faraón Menebak, de la Diecinueve Dinastía... Mi ayudante, la doctora Eastman,

llegará dentro de un par de horas... y comenzaremos la tarea, profesor.

* * *

El tercer paso del destino se produjo en Londres, poco más o menos cuando el doctor Kelber y el profesor Cortland discutían en la soledad majestuosa de aquel museo egipcio de la ciudad de El Cairo.

Y su protagonista no era ni un ejecutivo norteamericano, deseoso de nuevas emociones y de horizontes desconocidos, ni un médico eminente a punto de revolucionar la historia y el mundo con el más increíble y fantástico de los hechos humanos imaginables.

Era, por el contrario, un ladrón de joyas. Y se disponía a montar los detalles de uno de sus más importantes golpes.

Warren Preston era un especialista en su género. Nada de trabajos vulgares, de delitos menores. Sus robos tenían que ser importantes, valioso el botín. Se hubiera sentido realmente deshonrado de haber llegado a ver su nombre mezclado en algo deleznable y de escasa monta, como robar una joya de menos de mil libras o arriesgarse por un botín insignificante.

Para él, existían fundamentalmente dos premisas que le indujesen a cometer un robo.

La primera de todas, el valor de la pieza o piezas a obtener. La segunda, la categoría de esas piezas o de su propietario. A veces no le bastaba con el simple hecho de las joyas robadas tuvieran un elevado valor y sus beneficios en el golpe fuesen considerables.

Necesitaba el orgullo y la emoción de haber robado algo que, por sus características, se saliera de lo común y rozase o alcanzase el límite de lo excepcional, de lo insólito.

Esta vez, sin duda alguna, tal era el caso del objetivo de su nuevo plan. Quizá por ello, su cómplice había abierto los ojos enormemente, contemplando a Warren Preston con asombro.

—El Ojo de Amón... —musitó roncamente Enid Raines, moviendo su pelirroja cabeza con perplejidad. Los ojos rasgados, color verde mar, expresaron dudas—. Es una pieza única en el mundo...

—Lo sé. Esa, precisamente, es su importancia.

—¿De qué materiales está hecho, en realidad?

—Oro puro, lapislázuli, incrustaciones de piedras preciosas... Pero eso es lo de menos.

Intrínsecamente, la joya podría tener un valor real de dos mil o tres mil libras en una buena joyería del Strand, pongamos por caso —suspiró Warren Preston—. Pero lo que hace incalculable su valor, es que sea *única* en el mundo. Es decir, no existe otra. Ello hace que no tenga precio, realmente.

—¿No había una joya parecida entre los tesoros del rey Tutankamon?

—Esa es el Ojo Osiris. Otra pieza única, naturalmente. Pero se encuentra en el Museo de El Cairo, bien protegida por sistemas de alarma y guardianes especiales. No sería fácil apoderarse de ella.

—¿Y el Ojo de Amón...?

—Pertenebió a un faraón desconocido de la Diecinueve Dinastía. Actualmente, no sé por qué medios, obra en poder de una de las personas más ricas del mundo y, a la vez, más caprichosas en cuanto a la adquisición de obras de arte.

—¿Quién es esa persona?

—Sir Vincent Ashley. Un caballero tan rico como poco escrupuloso a la hora de mover sus hilos para obtener lo que desea. El tampoco vacilaría en robar una pieza codiciada, si tuviera el valor para ello... y le faltase el dinero suficiente para pagarla.

—¿Es a él a quien pretendes robar?

—A él, y a su esposa, la exquisita, elegante y altiva lady Elizabeth Ashley. Es la que, en ocasiones muy señaladas, se atreve a lucir sobre su hermoso descote nada menos que el mismísimo Ojo de Amón.

—¿Lo hará en el propio Egipto?

—No tengo dudas de ello —rió Preston—. Mi querida Enid, lady Ashley tiene la misma orgullosa arrogancia que su marido, y desafía incluso a las propias autoridades egipcias, que jamás hubiesen permitido la salida de esa joya de territorio egipcio, salvo para exponerla, pongamos por caso, en el Museo de Londres o en el Louvre de París por una semana. Y, sin embargo, han de asistir impotentes a que una dama extranjera, exhiba esa reliquia sobre su descote, arrogantemente, con total desprecio a los demás.

—¿No pueden arrestarla y despojarle de la joya? —indagó profundamente interesada Enid Raines, la atractiva pelirroja.

—No. Son demasiado listos los Ashley para caer en tan ingenua trampa. Legalmente, el Ojo de Amón es suyo.

—¿Puede ser de propiedad privada un patrimonio nacional?

—Es que nadie puede demostrar que el Ojo de Amón haya salido de tumba alguna de los faraones, ni tampoco que ellos lo hayan obtenido de un ladrón de tumbas egipcio, o cosa parecida. Sir Vincent posee documentación que prueba fehacientemente que un artesano inglés realizó esa pieza de joyería, imitando a los viejos orfebres egipcios, por encargo especial de sir Vincent, y que una firma importantísima de joyería de Londres y París le vendió a sir Vincent esa joya con

todos los trámites legales, facturas y peritaje cumplidos debidamente para mostrar a cualquier autoridad que lo exija.

—¿Cómo pudo comprar a importantes empresas de joyería y todo eso?

—Muy sencillo: porque la copia existe realmente. El hizo fotografías perfectas del original, e hizo confeccionar un duplicado lo más exacto posible a un auténtico joyero inglés, a través de la firma de joyería. Todo eso le da la inmunidad para exhibir la verdadera pieza, como si fuese una vulgar copia de viejos jeroglíficos, guardando en cualquier caja fuerte la joya sin otro valor que el puramente material, como su mejor coartada. Realmente, sólo circula, sólo es vista por la gente, la joya original, pero de modo que todos piensen que es la copia y nada más. Las autoridades egipcias no podrían probar nunca, ni siquiera ante el Tribunal Internacional de La Haya, el despojo de que sir Vincent hizo víctima a su patrimonio, a través de un ladrón de tumbas que, posiblemente, cobró por ese Ojo de Amón la centésima parte de su valor como pieza única hasta el momento.

—Es una complicada historia...

—Ya te dije que sir Vincent es capaz de todo. Posee imaginación.' dinero, y una falta

total de escrúpulos. De modo que cuando yo le robe el Ojo de Amón, habré realizado una buena obra en realidad. Ya sabes lo que dice el refrán sobre «quien a un ladrón», etcétera.

—Cuando no está en el cuello de lady Elizabeth, no creo que sea posible obtenerla.

Ellos llevan guardaespaldas consigo, y un secretario y administrador que, en realidad, es un pillo de siete suelas, capaz de todo por defender a sus patrones. El tal tipo es Steve Mason, un norteamericano que, sin duda, ha debido pertenecer antes a la Mafia, al Sindicato o algo así.

—Demasiado arriesgado enfrentarse a él, ¿no? —se estremeció Enid Raines, su bella y joven cómplice—. No me gusta la gente que usa armas de fuego.

—A mí tampoco —rió Warren—. Lo bonito en esta vida

es hacer las cosas limpia y pacíficamente, utilizar la imaginación y no la fuerza, ser audaz y astuto, no violento. Por eso te digo que sería inútil asaltar su camarote para robarles, o intentarlo en el hotel donde

se alojen. Fracasariamos, sin lugar a dudas.

—¿Entonces...?

—Debemos cometer el robo cuando lleve consigo el Ojo de Amón. Sólo entonces.

—¿Y cuándo será eso?

—Es lo que ignoramos —suspiró Warren sonriendo—, Y lo que seguramente ignoraremos durante todo el tiempo.... justo hasta vérselo puesto.

—No puede resultar. Warren. Es demasiado difícil. No puedes planear nada concreto si ignoras las circunstancias en que tal cosa sucederá.... si es que llega a suceder.

—Sucederá, estoy seguro. Ni lady Elizabeth desperdiciaría la oportunidad de deslumbrar a los demás con su joya, que todos saben o suponen que es auténtica y. por tanto, de incalculable valor, ni tampoco de irritar a las impotentes autoridades egipcias con su osadía. Tampoco sir Vincent renunciaría por nada del mundo a que el descote y cuello de su bella esposa sirva de escaparate, una vez más, a la más preciada pieza de su colección de obras únicas. Si el Louvre quisiera, él compraría la *Gioconda* para pasearla por ahí en sus viajes. Así es sir Vincent Ashley.

—¿Cómo lo haremos, en tal caso?

—Eso se verá en su momento. Tendremos que planear todo en espera del momento adecuado. Para que cuando éste surja, baste llevar a la práctica lo planeado, y nada más.

—¿Dónde lo intentarás, exactamente?

—En Egipto, desde luego.

—¡En Egipto! —se asombró Enid, escandalizada—. Será casi imposible... Ellos extremarán las precauciones, temiendo que un funcionario árabe pueda camuflarse entre las personas que les rodeen, y llegar hasta la joya.

—Así será, sin duda —sonrió Warren—, Cuento con ello,

Enid. Por eso he pensado en un lugar donde las posibilidades serán infinitamente mayores para nosotros.

—¿Qué lugar?

—El buque *Sphynx*, que hace su primera singladura por el Nilo, llevando a bordo a lo más selecto de la sociedad inglesa y a ricos norteamericanos. Allí habrá fiestas y recepciones durante los diez días que dure el viaje por el río. Ese será el teatro de operaciones.

—A bordo de un barco... —Enid pareció alarmarse—. Podría ser una ratonera para nosotros, llegado el momento. ¿Has pensado en ello?

—También lo es para ellos y su preciada joya. No pueden salir del barco.

—¡Nosotros tampoco! —gimió Enid Raines.

—Eso, ya no es tan seguro —rió el ladrón de guante blanco irónicamente—. Recuerda que nosotros tenemos montado un plan de batalla. ¿Cómo olvidar que tendremos que salir de ese barco, llegado el momento, si las cosas se ponen feas, querida mía?

Y su suave carcajada, mientras los grises ojos inteligentes del joven ladrón brillaban excitados por la ilusión de la aventura, reveló total seguridad y firmeza en sus propias fuerzas. Algo que Enid Raines, su joven y bella amiga, distaba mucho de compartir con él en estos momentos...

CAPITULO II

Clark Travis contempló el *Sphynx*, anclado en el muelle de El Cairo, a la espera de iniciar su singladura por el Nilo.

Era una embarcación moderna, blanca y deportiva, un yate de líneas atractivas y confort indudable, que recordaba vagamente las exóticas embarcaciones de lujo de otros tiempos. tal como Agatha Christie y su inefable Poirot las presentaban en sus relatos de intriga. Pero bastante más modernizada, pese a conservar cierto clasicismo en su aire, tal vez como concesión a la nostalgia de viejos millonarios dispuestos a recorrer el ancho río egipcio.

Clark había recorrido durante toda la mañana los viejos barrios de El Cairo, como Musky y Khan el Khalli. Barrios llenos de zocos variopintos, de tenderetes, de vendedores que aseguran ofrecer siempre verdaderos tesoros artísticos y piezas de incalculable valor por unos pocos dólares o libras. Naturalmente, Clark no caía en tan ingenua trampa como muchos otros turistas, que llenaban sus bolsas de baratijas sin otro valor que su propio pintoresquismo natural.

Pero se había detenido, admirado, a contemplar la umbría serenidad y el cálido silencio de los callejones increíblemente angostos y sinuosos, las galerías y patíos, donde las notas de policromada belleza de tapices, colgaduras o baldosas de bellísimo dibujo, formaban de pronto un contraste deslumbrante y admirable. Aquel viejo Cairo moruno, donde el tiempo parecía haberse detenido, sí tenía encantos y alicientes para cualquiera que entrase en su laberinto con ansias de ver, de conocer, de ahondar en la auténtica significación y atmósfera de un mundo remoto, distinto y seductor como pocos.

Después, vuelta a los mercados a la vieja usanza, al colorido chillón y delirante de los mercaderes vociferantes y obstinados, a los que por fin había que comprar algo, lo que fuese, para que le dejaran a uno en paz. Era asombroso, pensó Clark, la cantidad de escarabajos sagrados que, extraídos de las tumbas faraónicas, podían ser adquiridos en los mercadillos egipcios. Se preguntó si muchos de ellos no llevarían oculto bajo su brillante pedrería el rótulo inefable de «made in Hong Kong» o «made in Japan». Pero, ciertamente, no cayó en la tentación de adquirir ninguno de los millares de «sagrados»

objetos que los mercaderes árabes ponían ante él.

Ahora sabía que había elegido un viaje singular. En la agencia de

viajes de El Cairo le manifestaron que el resto de los escasos viajeros de la motonave que surcaría el Nilo en los siguientes días, eran personalidades especiales. En su gran mayoría, alta sociedad inglesa y magnates americanos, con algún otro francés de título nobiliario. Sólo un error en la agencia de viajes neoyorquina, había hecho poner a la venta una serie de reservas que pronto fueron anuladas, pero no antes de que Clark Travis adquiriese su pasaje. Y no renunció a él en modo alguno, pese a su elevado costo. De modo que iba a compartir la aventura rodeado de gentes que nunca había tratado en su vida, como eran los multimillonarios tejanos, los magnates de Florida y de Boston, y la crema de la mejor sociedad británica.

Evidentemente, el agente de viajes cairota había expresado en su gesto la desaprobación a recibir una indemnización y elegir otra clase de expedición por Egipto,

más adecuada a su condición de simple ejecutivo, pero tuvo que aceptar lo irreversible de los hechos y, haciendo de tripas corazón, desear a Clark un buen viaje y una feliz estancia en Egipto.

Ahora le divertía todo eso. preguntándose si llegaría a ser realmente, tan diferente a las personas que viajarían en el yate *Sphinx*, al margen de su dinero, títulos o condición social. Que él supiera, nunca había sido un patán, y no le asustaba la idea de verse rodeado por gentes de otra esfera. Allá ellos, sí le marginaban y sentían prejuicios. El no pensaba inmutarse por eso. Es más, deseaba la soledad, harto de actividades de relaciones públicas en el infierno de Nueva York. Disfrutaría del paisaje, de las bellezas naturales e históricas de tan maravilloso país, y al diablo con todos los demás y sus ideas respecto a su mundillo. No pensaba interferir en éste por nada ni por nadie.

Se apartó del muelle ribereño donde aparecía el *Sphinx*, esperando la llegada de equipajes y viajeros, puesto que al día siguiente, con las primeras luces del alba, iniciaría su singladura río abajo, hasta terminar en Asuán, y regresar de nuevo a El Cairo para rendir viaje. Era ya tarde, y debía retirarse para cenar pronto, acostarse y tomarse un descanso antes de comenzar lo verdaderamente fascinante de aquel viaje, como era el inicio de la navegación.

—Oh, perdone... —se excusó, al tropezar con la joven.

—No tiene importancia —sonrió ella, mirándole con curiosidad. tras recuperar el equilibrio que, ligeramente, había hecho vacilar Clark, al volverse bruscamente, si bien las manos de él sujetaban ahora los brazos de la joven, como intentando impedir cualquier caída—. Soy yo

quien se acercó demasiado a usted. No me di cuenta. Estaba interesada contemplando el barco...

—Es bello, ¿verdad? —comentó Travis, algo cohibido.

—Sí, mucho... —su sonrisa se amplió, mirando las manos que sujetaban sus brazos, y añadió burlona—: Le aseguro que no voy a caerme ya, señor...

—Oh, de nuevo debo disculparme —retiró rápidamente sus manos de los suaves brazos desnudos de la muchacha, cuyo grácil cuerpo aparecía envuelto en el tejido tenue de un vestido estampado, muy propio para clima tan cálido como el egipcio—. Soy muy torpe, la verdad. Pero sólo intenté sujetarla cuando la hice vacilar.

—Ya lo sé —los ojos de ella también reían, al parecer divertidos, fijos en él. Clark advirtió que eran de un indefinible color azul violáceo, y según le diese la dorada luz solar del atardecer, se tornaban totalmente violeta, con destellos también dorados. Unos hermosos, inquietantes ojos, para un rostro tan bello como moderno y juvenil—. No tiene que disculparse tanto, créame. Yo también estaba abstraída. Será hermoso viajar en este barco, seguro.

—Sí, pensaba lo mismo —admitió él—. Tiene una curiosa mezcla de clásico y moderno, de confortable y melancólico, diría yo.

—Evidentemente, ha leído libros de viajes y aventuras —rió ella de buena gana, asintiendo luego con su cabeza, de dorados y lisos cabellos—. La verdad es que estamos totalmente de acuerdo, señor...

—Travis —dijo él con rapidez—. Clark Travis es mi nombre.

—¿Americano?

—¿Tanto se me nota? —rió él, añadiendo con mayor seriedad acto seguido—: Sí,

americano. De Nueva York, señorita...

—Baldwin. Ada Baldwin. Inglesa. De Liverpool.

—Bueno, ya nos conocemos como si fuese de toda la vida. Un americano y una inglesa en El Cairo. Lejos de sus respectivos países. Debemos formar la mayor comunidad tu-rística del país, estoy seguro.

—Yo también. No veo sino ingleses y americanos por doquier —los

ojos violeta chispeaban maliciosos y divertidos en el óvalo sonrosado de su bonito rostro—. Creo que podríamos invadir este país en sólo unas pocas horas, sin posibilidad alguna para los naturales de él.

Ambos rieron de buen grado. Clark comenzó a apartarse de la orilla, y también ella, con una última mirada al *Sphynx*.

—¿Le gustaría viajar en ese barco? —preguntó Clark distraídamente.

—Viajaré en él, señor Travis —contestó ella.

—¡Cielos, eso es magnífico!

—¿Por qué cree que ha de serlo? —la joven se encogió de hombros, con aire pensativo—. No soy una aristócrata inglesa, si es eso lo que piensa. Es un viaje para grandes personajes. Pero, yo no formo parte de esa galería ilustre. Sólo voy por ser secretaria de un noble inglés, lord Silas Graham.

—Entiendo —rió suavemente Clark—. Al menos, no me sentiré tan solo a bordo, por ser solamente un ejecutivo...

—¿Cómo? —pestañeó asombrada la muchacha—. ¿Usted viaja en el *Sphynx* también?

¿Por eso lo estaba contemplando?

—En efecto.

—¿Y dice que es un ejecutivo nada más? Es un viaje muy caro, con reservas especiales...

—Lo sé. Me enteré de ello en El Cairo, cuando era demasiado tarde para cambiar mi pasaje para uno de los grandes personajes de la élite turística que viajará ahí. Y no me gustó la idea de renunciar al viaje. Este no es el Egipto Victoriano, ni la época es para élites selectas y clasismos. Todos tenemos el mismo derecho. Si en Nueva York me hubiesen negado el pasaje desde un principio, no existirían problemas. Pero una vez con ese pasaje en mi bolsillo, tengo tanto derecho como el primero a viajar en el *Sphynx*, aunque sólo fuesen a bordo reyes y princesas.

—Tiene mucha razón —aprobó la joven, parándose para mirarle con simpatía—. Estoy con usted, Travis. No tiene por que ceder, para justificar un error ajeno al disponer el número de pasajes y las reservas. Y para mí, resultará magnífico tener también un amigo a

bordo, que no me hable de títulos nobiliarios, de millones de dólares o de libras, y de *tea-parties* con la flor y nata de la aristocracia británica.

—¿Cree que no viajará nadie más que no pertenezca a ese gran mundo?

—Bueno, habrá otras personas como yo. En el hotel donde resido, se aloja un noble inglés, amigo de mi jefe, sir Vincent Ashley. El y lord Silas Graham tienen una vieja amistad, e incluso son miembros del mismo club privado de Londres. Pues bien, el secretario que llevan sir y lady Ashley, parece arrancado de una novela de *gangsters*. Es americano...

Oh, perdone. Pero la verdad es que *es* americano, aunque no me sorprendería que procediese del propio Chicago, y su padre fuese algún viejo pistolero del Sindicato, tal es su aspecto, por bien vestido que lo lleven.

—Curioso —rió Clark Travis con expresión divertida—. No tiene que justificarse conmigo, Ada. La verdad es que muchos americanos son unos perfectos patanes, sobre todo cuanto más dinero tienen. Pero no tienen aspecto de pistoleros... a menos que lo sean.

—Pues ése debe serlo. Incluso me ha parecido notar un bulto bajo su chaqueta, a la altura de la axila izquierda...

—Observadora y desconfiada, ¿eh? —Travis soltó una carcajada—. De verdad, creo que vamos a divertirnos en este viaje mucho más de lo previsto...

Siguieron caminando, hasta tomar un taxi que les condujo al hotel. Naturalmente, era el mismo en ambos casos, y la gran mayoría de los viajeros del *Sphynx* se alojaban allí, en las soberbias estancias del lujoso Nilo Hilton.

Cuando iba a despedirse ya de la joven, que mostró la necesidad de reunirse nuevamente con su jefe, lord Silas Graham, que ya habría terminado su siesta habitual, costumbre adquirida durante sus veraneos en la costa española o en las playas de Acapulco, se fijó en los titulares de un periódico cairota editado en inglés, que se exhibía en el quiosco de prensa del vestíbulo del Hilton.

—Es curioso —señaló—, ¿Ha leído esa noticia, Ada?

Señalaba la primera plana, donde en gruesos titulares, se leía una pintoresca información local:

Y añadía debajo, en titulares más reducidos:

«El envase conteniendo las vísceras del poco conocido faraón Menebak, de la Diecinueve Dinastía, así como el sarcófago con su momia intacta, han desaparecido de modo misterioso del Museo de Arte Egipto de El Cairo, coincidiendo con la visita a esta ciudad de Jeremy Ashton, miembro de la UNESCO especializado en temas egipcios, y de los doctores Ethan Kelber y Florecen Eastman, del Instituto de Estudios Médicos del Antiguo Egipto, que venían a estudiar el estado de conservación de la momia más perfectamente embalsamada por los antiguos egipcios, como era la de Menebak. No se descarta la hipótesis de un robo sacrílego, según las autoridades locales.»

—Fantástico —comentó ella, asombrada—. Como en las viejas historias de maldiciones faraónicas y todo eso... ¿Recuerda la leyenda de Tutankamon y de cuantos visitaron su tumba?

—Por supuesto. Ese Menebak no resulta nada conocido, pero todo lo relativo a aquellos tiempos me fascina y me inquieta. En realidad, seguimos sin saber gran cosa del modo que los egipcios tuvieron de dominar la vida y la muerte. Sobre todo, la muerte. Por algo sus vidas eran sólo para ellos como una senda hacia la perfección total, que estaba después del sepulcro.

—Yo, personalmente, jamás sería capaz de tocar una tumba ni de profanar una momia egipcia —confesó la joven con un estremecimiento—. Respeto demasiado esas cosas como para hacerlo. Pero por otro lado, la verdad es que también siento cierto... *miedo* a

la simple posibilidad de desatar las iras de algo o alguien que está más allá de lo que conocemos.

—Compraré el periódico para enterarme mejor —sonrió Clark Travis, dirigiéndose al quiosco—. ¿Quiere usted un ejemplar?

—No, gracias —rechazó ella vivamente, encaminándose a su vez a la amplia escalera ascendente—. Yo voy a despertar a lord Silas. No me gusta oír sus voces cuando está malhumorado. Y lo estaría, si me retraso en despertarle. Hasta pronto, Clark.

—Hasta pronto, Ada —se despidió él de la joven inglesa, mientras adquiría el ejemplar del diario caiota en lengua inglesa, alejándose luego hacia el bar, leyendo el artículo de primera plana con curioso

interés.

Ello le hizo tropezar de nuevo. Balbuceó una excusa mientras bajaba el periódico y contemplaba a ¡a persona con quien había chocado. Otra vez se trataba de una dama, aunque en esta ocasión de más edad que la anterior.

—Oh, señora, le ruego me disculpe... —se excusó con rapidez Clark—, Qué imperdonable error...

—No tiene importancia, joven —le sonrió con exquisita elegancia la dama de largo cuello de cisne, color alabastro, rodeado por una sarta de bellísimas perlas perfectas e irisar das—. Está disculpado... Supongo que algo de ese periódico atraía demasiado su interés para ver que se cruzaba conmigo...

—Pues la verdad, sí, señora... —afirmó Clark, tragando saliva, y observando que la dama, posiblemente sobrepasando ya la cuarentena, aunque elegante, hermosa y de bella figura, espléndida de senos pese a su edad, le miraba con rara intensidad a!

hablarle, mientras sus labios carnosos dibujaban una sonrisa suave—. Leía algo relativo a la momia de un faraón llamado Menebak...

—¿Menebak II? —se sobresaltó ella, con repentino tono agitado, dilatándosele las pupilas y dejando de sonreír como por ensalmo.

—Pues... no sé, señora —le mostró el titular—. No soy un experto en historia de Egipto, e ignoro si hubo más de un Menebak. Aquí, por el momento, no cita su número de orden dinástico, la verdad.

—Sí... Debe tratarse de *él* —jadeo la dama, extrañamente agitada, mirando las fotografías que ilustraban el reportaje—. No hay duda... Menebak II, de la Diecinueve Dinastía... ¡Y ha desaparecido la momia!

—Y las vísceras —corroboró Travis, intrigado—. ¿Le interesan esos temas, señora?

—¿Interesarme? —de pronto le miró como si volviera de una lejana región ignota, con un aire abstraído y confuso en sus azules pupilas—. Oh, no, no... Nada de eso. Lo considero un tema desagradable... Sólo que... recordé algo que leí una vez sobre Menebak II. un faraón poco conocido, pero de trágica existencia. Bah, no tiene importancia. Ninguna importancia, joven. Disculpe mi divagación... ¿Es usted americano quizá?

Clark sonrió, logrando apartar de su mente la reacción extraña de la dama ante la noticia con una cierta dificultad.

—Evidentemente, llevo etiqueta de tal —comentó irónico—. Sí, señora, soy americano.

Y supongo que usted será inglesa...

—Bien apuntado. Lady Elizabeth Ashley.

—¿Esposa de sir Vincent Ashley?

—¿Conoce a mi marido? —se asombró ella.

—Y también a lord Silas Graham —sonrió Travis—. Pero sólo de nombre, señora Ashley.

Nosotros, los americanos plebeyos, no tenemos grandes ocasiones para relacionarnos con aristócratas y gente de alcurnia.

—Creo notar en su tono cierto sarcasmo, mi joven amigo.

—¿De veras? No. no lo crea. Era sincero. No soy un magnate americano, aunque vaya a viajar en el *Sphynx* con la crema y nata de Inglaterra y de Estados Unidos.

—¿Usted... va a viajar en el *Sphynx*? —se asombró lady Ashley—. ¿Está seguro de eso, señor...?

—Travis. Clark Travis. Sí, nos veremos en ese barco, señora. Nadie puede anular mi pasaje, por mucho que lo intente.

—¿Por qué habrían de anulárselo? Es usted un joven elegante, con clase, y con perfecto derecho a hacer esa travesía sin desmerecer junto a nadie —y su mirada recorrió a Clark con aire aprobatorio, apoyando luego una mano bien manicurada. y mejor enjoyada, sobre el brazo de él—. Me alegrará verle a bordo, amigo Travis. De verdad. No dude en relacionarse con nosotros. Personalmente, puede decirse que ya somos amigos.

—¿Pensará igual sir Vincent? —dudó Clark.

—Tendrá que hacerlo —rió ella, apretando su brazo significativamente—. El siempre hace lo que quiero. Soy la única persona capaz de dominarle. Hasta pronto...

Le sonrió dulcemente. Al pasar junto a él, le rozó con sus senos. Eran

duros, firmes y enhiestos, especialmente para una mujer de su edad. Clark estuvo seguro de que el roce era intencionado. Y creyó adivinar la clase de sentimientos que acostumbraba a tener aquella elegante dama hacia los hombres jóvenes y atractivos.

Se quedó contemplándola fijamente, mientras entraba en un ascensor del hotel, mezclada con otros huéspedes. Meneó la cabeza, volviendo su interés a la primera página del diario.

Y recordó, borrosamente, la extrañeza y preocupación de lady Ashley cuando se enteró de que la momia de un faraón casi desconocido había desaparecido de un museo de El Cairo.

Casi desconocido, pero al parecer muy bien conocido por ella. Porque era cierto.

Acababa de enterarse, por unas líneas del reportaje allí publicado, que la momia desaparecida era la de Menebak II, de la Diecinueve Dinastía...

CAPITULO III

—Menebak II...

—Sí. Ese es —el doctor Kelber señaló la forma cubierta con una sábana, encima de la mesa de operaciones, situada bajo el potente foco vertical—, Menebak II. Un faraón poco conocido. Su tumba fue hallada en el Valle de los Reyes hace solamente tres años, por una expedición arqueológica de las Naciones Unidas, bajo el patrocinio de la UNESCO. El profesor Ludwig Müller, del Instituto Arqueológico de Berlín, fue el descubridor de la tumba.

Se dice que hubo algún expolio en ella, ajeno a la voluntad de los expedicionarios- de la UNESCO que formaban el grupo técnico y científico, pero no pudo saberse si fue algún nativo de los que ayudaban en las excavaciones, o un miembro de la propia expedición, por cuenta suya, quien extrajo secretamente y de modo clandestino algunas piezas únicas de la tumba.

—¿Por qué lo ha elegido precisamente a él, doctor?

—Porque es idóneo para el gran experimento. Acabamos de examinar su momia a los rayos X.

—¿Y...?

—No tiene fracturas de ningún tipo, pese a que hay la seguridad absoluta de que fue asesinado por los sumos sacerdotes de su época, como tantos otros jóvenes monarcas cuya posible inteligencia e ideas propias fuesen un riesgo para los líderes religiosos, eternos manipuladores de la política de los tiempos faraónicos. Sin duda, el magnicidio se produjo por envenenamiento. Lo comprobaremos con un simple análisis de una de sus vísceras, antes de proceder a la gran experiencia, profesor Barnaby Cortland paseó por la estancia, convertida en un completísimo quirófano, que hacía pensar que aquella sábana ocultaba bajo sus pliegues a un ser vivo, a la espera del bisturí, y no de un cuerpo embalsamado casi tres mil quinientos años atrás.

Sobre otro mueble metálico esmaltado de blanco, reposaba una jarra herméticamente cerrada, de arcilla decorada, con las vísceras del faraón difunto. La doctora Florence Eastman, embutida en una bata blanca, con sus manos enguantadas, disponía sobre una bandeja de acero inoxidable los elementos quirúrgicos. Y al fondo, una cortina

negra parecía cubrir algo importante, encerrado en una cabina metálica cuadrangular. Al otro lado de la sala, varios complicados y costosos aparatos electrónicos permanecían zumbando suave, apagadamente, como a la espera de entrar en más intensa actividad, llegado el momento. Un potente grupo electrógeno, era visible en la habitación inmediata.

—¿Eso favorece en algo la tarea? —indagó el profesor Cortland.

—Sí. El cuerpo está intacto, sin fracturas ni lesiones irreversibles. Eso puede favorecer mucho nuestro intento. Trabajaremos, en todo caso, con unos restos humanos virtualmente intactos.

—Pero vaciado de vísceras el cuerpo... Incluso extraído el cerebro, no lo olvide.

—No olvidamos nada —sonrió el doctor Kelber—. Pero recuerde que esto es sólo un experimento. Una prueba que nadie hasta ahora intentó. Si resulta, puede ser que cambie la historia del mundo. Pero si fracasamos, nadie deberá saberlo. Sencillamente, la

momia sería reintegrada al museo de donde la hurtamos, y el asunto terminaría ahí.

Aunque no mis experimentos sobre la materia, por supuesto.

—Doctor, en otra época podrían calificarle a usted de monstruo, de nuevo Frankenstein, si supieran lo que se propone...

—Lo sé —Kelber se encogió de hombros—. Y no me preocupa gran cosa. Para el populacho, la ciencia ha sido siempre algo así como una actividad diabólica, sobre todo, si se pretende algo que nadie intentó hasta el momento. Si nos dejáramos llevar por el criterio popular y las supersticiones, aún estaríamos en la Edad Media como máximo.

—Aun hoy en día, doctor, el conocimiento de esto podría resultarnos funesto. El Gobierno egipcio nos acusaría de robo, sacrilegio y un montón de cosas más. El colegio Médico le expulsaría automáticamente, y la UNESCO presentaría una acusación por expolio y actividades ilegales en algo que ellos patrocinan con la cooperación del Gobierno de El Cairo.

—Sé todo eso también —suspiró el doctor Kelber—: Y no me importa. ¿Está usted asustado quizá, profesor?

—La verdad, un poco —resopló Barnaby Cortland—. Me pregunto por

qué no lo intenta con uno de los clientes de mi empresa y no con... con ese faraón momificado, doctor. En ese caso, todo sería perfectamente legal y nadie podría inculparle de nada.

—Profesor, ya hemos hablado antes sobre ese punto —el doctor Ethan Cortland miró de soslayo a la doctora Eastman, y le hizo un gesto convenido. Ella alzó la cortina negra, atrayendo la curiosidad de Cortland, que intentó ver más allá del cortinaje, sin lograrlo.

Kelber prosiguió con voz calmosa—: No me seduce en absoluto la idea. Personalmente, opino que no va a resultar tan sencillo como teóricamente han prometido ustedes, los propietarios de empresas de crionización de cadáveres, devolver un hipotético y futuro día la vida a los crionizados. Entre otras cosas, porque no sólo tendrán que hallar el medio de sanar la dolencia incurable que sufrieron los fallecidos en su momento final de vida, sino también de devolver a todo el organismo sus funciones normales, tras un sueño helado de años, décadas... o siglos. ¿Cree de veras que un Walt Disney podrá a volver a dibujar sus *cartoons* deliciosos, devolviéndole a la vida de entre los cuerpos congelados por empresas como la suya? ¿Le podrán reintegrar la vida a John Fitzgerald Kennedy, sanando su destrozada masa encefálica al tiempo que regeneren la circulación sanguínea y el funcionamiento de todas sus vísceras heladas?

—Doctor, mi entidad, la International Crionic Company, sólo se compromete a lograrlo cuando clínicamente ello sea posible. No hemos fijado fecha. Sabemos que, hoy por hoy, es imposible devolver el hálito viviente a los que murieron y reposan en nuestras cámaras especiales.

—Exacto. Es imposible.

—¡Pero usted, doctor..., usted pretende, en cambio, algo mucho más difícil, como es *resucitar a una momia!* —exclamó el profesor Cortland con tono enfático.

—Eso es. Voy a intentar RESUCITAR al faraón Menebak II. Por la sencilla razón de que es *más* sencillo devolver la vida a una momia que a un cadáver crionizado. Y no lo digo yo solo, sino otros científicos de varios países (1).

(1) Es cierto que varios médicos y científicos se han expresado en estos términos al referirse a la hipotética resurrección de cadáveres crionizados, como los de Walt Disney y, según algunos, el del propio John F. Kennedy, entre muchos oíros. Alguno llegó

a sugerir que incluso una momia sería más fácilmente «resucitable», si bien es

obvio que exageraba, y el tema todavía es pura ciencia ficción. (N. del A.)

—Aun así, tendrá que hacer un auténtico milagro, aunque a usted no le guste hablar de milagros, doctor. Tiene que regenerar un cerebro vaciado y disecado, devolver la sangre a unas venas y arterias secas, reintegrar la vida a una carne reseca, momificada y saturada de aceites balsámicos... ¿Cree que puede hacerlo?

—Creo que puedo intentarlo —suspiró el doctor Kelber—. Y eso es lo que voy a hacer ahora. Profesor, le ruego nos deje solos a la doctora Eastman y a mí. Nosotros dos nos bastaremos para la operación. Usted debe mantenerse al margen, aunque sea quien ha financiado toda esta labor, incluido el hurto de la momia y sus vísceras, gracias a su facilidad para entrar y salir del museo de Arte Egipcio de El Cairo... Espero que aquí, en este apartado paraje de la antigua Te- has, nadie nos localice, ni siquiera las autoridades egipcias. Sería lamentable que una interrupción lo echase todo a rodar definitivamente.

—Creo que hemos adoptado las precauciones adecuadas —suspiró Cortland, pensativo—, Y si todo sale bien, doctor Kelber..., ¿qué ocurrirá?

—¿A qué se refiere?

—A... a eso —señaló la forma inmóvil bajo la sábana, estremeciéndose—. Me pregunto qué... qué hará con él cuando... cuando esté vivo, si eso ocurre alguna vez.

—Profesor, usted también ha debido leer a Mary Shelley, es evidente (1) —sonrió el doctor con expresión divertida—. No vamos a enfrentarnos a un monstruo, no tema.

Menebak II fue un faraón de corta vida. Le asesinaron a los diecinueve años, antes de llegar a casarse con Neferhomeb, su amada. Fue un muchacho discreto, inteligente y de noble condición.

(1) Mary W. Shelley fue la escritora que creó al más famoso monstruo de la literatura gótica, por una apuesta entre escritores como ella, lord Byron y Polidori: *Frankenstein, o El Moderno Prometeo*. (N. del A.)

—Pero esto..., esto es antinatural. Es como profanar el mundo de los

mueritos, como cruzar la frontera del Más Allá, doctor. Las cosas pueden ser muy diferentes a como fueron entonces, si ese joven faraón recuperase la vida en estos momentos, en esta época, después de un sueño de siglos y siglos...

—Sé a lo que me arriesgo. De todos modos, me temo que su vida no fuese demasiado, activa, aun soñando con un éxito completo. No, profesor, no tema nada. Aun en el mejor de los casos, todo irá bien. No soy un fabricante de monstruos.

—No he pretendido decir eso...

Dentro de la cámara cubierta por la negra cortina, se oyeron zumbidos sordos, y asomaron una serie de fulgores azulados. El profesor Cortland fue hacia la salida del recinto, mientras el doctor comentaba irónico:

—Lo sé, lo sé. Pero lo ha pensado, amigo mío..., y sigue pensándolo. Por favor, vamos a empezar la tarea. Será mejor que dé un paseo por ahí mientras la doctora Eastman y yo trabajamos...

El profesor asintió, abandonando la estancia. Apenas hubo salido, el doctor Kelber se volvió a su ayudante femenina, que reaparecería en la puerta de la cámara negra.

—Adelante, doctora —suspiró—. ¿Todo a punto?

—Todo a punto, doctor —sonrió ella, con cierta tensión.

—Bien. Entonces, vamos a intentar la más grande empresa que el hombre trató de conseguir jamás: la resurrección de un ser humano...

Se inclinó sobre la mesa de operaciones. Alzó la sábana. El rostro momificado, reseco y oscuro, del joven faraón muerto miles de años atrás, quedó visible bajo la cruda luz. En la sala, zumbaban los mecanismos electrónicos sordamente. Y dentro de la cámara velada, también había zumbidos y destellos azulados.

—Primero, procederemos al análisis de las vísceras en el microscopio electrónico —dijo Kelber roncamente—. Quiero saber si la muerte se produjo por envenenamiento...

Ella asintió, tomando la vasija hermética con las vísceras del faraón. La situó sobre uno de los aparatos, para desprecintarla e iniciar la tarea fantástica que podía romper todas las barreras imaginables para la ciencia, en los albores de la década de los ochenta...

—¿Desean algo más, sir Warren?

—No, gracias —rechazó él, depositando un billete de cinco libras en la mano morena del camarero Ahmed, que acababa de acomodarles en el confortable camarote de cubierta—. Todo está perfectamente.

—Siempre a sus órdenes, sir Warren — dijo respetuosamente el camarero egipcio, tras comprobar la generosidad de la propina—. Les deseo un feliz viaje a usted y a su esposa...

—Así lo espero. Ahmed, amigo —sonrió el llamado sir Warren, mientras el camarero cerraba la puerta del camarote al salir. Luego, volviéndose a la pelirroja damita que examinaba críticamente los armarios del camarote, soltó una carcajada—. ¿Viste, Enid querida? Para todos a bordo, somos una pareja de la mejor sociedad británica... Todo muy fácil.

—Con ese camarero nativo, quizá —comentó ella frunciendo el ceño—. Pero ¿y si sospechan los demás de nosotros? Hay un lord a bordo, está ese tal sir Vincent Ashley y su esposa cargada de joyas costosísimas... ¿No le sorprenderá encontrarse con un sir Warren Preston a quien nadie conoce en el mundillo social de Londres?

—Bah, es cosa simple —rió él de buen humor—. ¿De qué nos sirve este buen color bronceado que tú y yo obtuvimos en España e Italia? Somos una joven pareja con residencia en Kingston. Jamaica. Desde este barco no pueden comprobar si en Kingston es conocido o no un tal sir Warren Preston y una tal lady Enid Raines... Todo lo tengo bien calculado, no temas.

—¿Incluso el momento de conseguir el Ojo de Amón?

—Chist... —la pidió él, mirando en torno, pensativo—. Cuanto menos nombres esa joya, tanto mejor. Ya viste lo que decían los periódicos de El Cairo. Alguien ha robado la momia, el sarcófago y las vísceras del faraón Menebak II. Y en su tumba, precisamente, fue hallado ese Ojo de Amón, que alguien robó antes de que los arqueólogos de la UNESCO

podieran ponerlo a salvo. Y cuanto menos mencionemos esa joya en particular, creo que correremos menos riesgos. Ese robo de El Cairo no me ha gustado nada.

—¿Por qué? ¿Qué relación puede tener una momia con una joya

robada hace ya varios años en las excavaciones del Valle de los Reyes?

—No lo sé. Pero puede estar relacionado de alguna forma. Mucha gente en este país.

Enid, verá con desagrado la presencia en él de un hombre como sir Vincent Ashley, que

alardea de poseer precisamente una pieza sagrada de sus antepasados.

—¿No crees que sería mejor quitarle a lady Ashley cualquier otra cosa menos ese objeto, precisamente?

—¿Por qué dices eso?

—No sé... —Enid pareció preocupada. Sus ojos revelaban cierta inquietud al manifestar, encogiéndose de hombros y yendo a asomar por el ojo de buey que daba a la cubierta del *Sphynx*—. Como tú dices, algo en todo esto no me gusta... Nunca me gustó mezclarme en asuntos de difuntos, y menos aún de faraones, joyas sagradas y todo eso.

—Bah, no temas. No es en ese sentido en el que tengo yo reparos. Enid —rió suavemente Warren. Yo me refería a otra clase de problemas, no a los que pueda desencadenar un pobre faraón muerto hace miles de años. No soy supersticioso ni creo en aparecidos. Enid. Me he propuesto quedarme con esa joya. Y lo haré, cueste lo que cueste. Aunque otras joyas de esa dama valgan diez veces más en el mercado... Para mí, ese otro valor de una pieza única, me seduce infinitamente más.

—Como quieras —susurró ella—. Pero sigue sin gustarme, Warren. Por vez primera desde que trabajamos en esto.... creo que siento algo parecido al miedo...

CAPITULO IV

El hombre con aspecto de *gángster* se apartó de la borda apenas asomó lady Ashley en cubierta, seguida por el individuo canoso y de impecable indumentaria de hilo color crudo, evidentemente su esposo, sir Vincent Ashley.

Clark Travis, de soslayo, observó a los personajes. Ada Baldwin había tenido toda la razón del mundo. Aquel individuo parecía arrancado de una vieja película del Chicago de los años treinta. Sólo le faltaba la Thompson en las manos. Su traje era inadecuado para aquel clima: gris, rayado, con corbata y sombrero, aunque éste sí era liviano, color beige, de fibra ligera y calada. Era cierto también que, bajo su axila izquierda, se notaba a veces un bulto sospechoso. Indudablemente, se trataba de un tipo fornido, atlético, cuyos músculos se dibujaban incluso bajo el traje. Tenía una expresión hosca, cabello muy negro y cejas hirsutas sobre los ojos pequeños, duros y fríos. La mandíbula y la nariz, eran las propias de un pugilista.

—No me gustaría enfrentarme a un individuo así —meditó Clark Travis, pese a que él tampoco era un hombre de físico débil, gracias al deporte—. Debe ser un mal enemigo, no hay duda...

Luego, descubrió Clark a Ada Baldwin, la secretaria de los señores Ashley, y su expresión se dulcificó. La rubia joven lucía unos *shorts* blancos que permitían descubrir la belleza de sus bien torneados muslos y la esbeltez de sus pantorrillas. Era una criatura de atractiva figura, y muchas miradas en el barco fluvial se volvían hacia ella para seguirla con mirada de vivo interés o de admiración elocuente.

Sir Vincent Ashley habló en voz baja con su presunto secretario, que más bien tenía aspecto de guardaespaldas, y éste asintió, alejándose del grupo. Luego, se tendió en una hamaca, empezando a dictar algo a Ada, que comenzó a escribir taquigráficamente en un bloc. Lady Ashley, al parecer aburrida, se aproximó a la borda, contemplando el río y viendo deslizar ante ellos, allá en la orilla salpicada de palmeras y de edificaciones, las siluetas inconfundibles y milenarias de la esfinge y las pirámides, alejándose en la distancia.

Pocas horas antes, habían bajado a tierra los viajeros del *Sphynx*, para contemplar las famosas construcciones egipcias, y ahora proseguían viaje, rumbo a Memphis y Ekhanlón, sus inmediatas etapas en el viaje.

—¿Aburrido, señor Travis?

Se volvió con cierta sorpresa, para encontrarse con un hombre de mediana edad y buen porte, vestido impecablemente con el uniforme blanco de marino mercante. Le conocía superficialmente. Se trataba del primer oficial de a bordo. George Moss, un inglés afable y cortés con toda la tripulación, que no parecía haberse molestado en exceso con la presencia de un «plebeyo» entre tanta personalidad, al contrario que el hosco capitán Bradford, que le dirigió una clara mirada de reproche cuando embarcó con los demás en el *Sphynx*.

—Pues no, la verdad —sonrió Clark—. Aún no he tenido tiempo.

—Este viaje es menos divertido de lo que muchos imaginan —comentó el oficial con jovialidad—. Demasiadas ruinas, demasiadas reliquias del pasado. Cuando uno ha visto

las pirámides y unas cuantas columnas y restos de palacios faraónicos, virtualmente lo ha visto todo, hasta llegar a las construcciones de Abu Simbel. ¿No tiene amigos a bordo?

—Algunos, pero no demasiados —admitió Travis encogiéndose de hombros—. Ya sabe lo que son esta gente: se reúnen entre sí, como en un coto cerrado.

—Sí, les conozco bien —suspiró el oficial Moss— he prestado servicio anteriormente en transatlánticos de lujo de la misma naviera. En ellos sólo hay viejos millonarios enfermos o maniáticos. No les gusta que se mezclen con ellos personas de otra condición social o económica. Al menos, en apariencia. Pero le aseguro que- si viajaba alguna persona joven, todos los hombres iban secretamente tras ella si era mujer, y todas las mujeres le hacían proposiciones deshonestas, si era hombre. Así son ellos, señor Travis. No desespere.

Durante el viaje, más de una de las encopetadas damas de a bordo le sugerirá algo poco honesto, se lo aseguro. Pero eso sí, sin que nadie lo note.

Ambos hombres rieron de buena gana. El barco navegaba perezosamente Nilo abajo.

Algunas embarcaciones a vela nativas, se cruzaban con ellos.

—Recordaré lo que ha dicho oficial. Y hasta es posible que acepte, si la dama no está demasiado mal. sólo como venganza.

—Esta noche puede tener ocasión de ello, señor Travis —le guiñó un ojo el marino—.

Daremos una pequeña fiesta, precursora de la que luego habrá a bordo cuando estemos a punto de arribar a Luxor y el Karnak. No falte. Puede divertirse. Además, he oído rumores de que lady Ashley recibirá su gran tesoro.

—¿Qué tesoro? —Travis mostró una curiosidad superficial.

El oficial Moss se inclinó hacia él, susurrando junto a su oído, como si fuese auténtico *top secret*:

—El Ojo de Amón.

—¿El Ojo de Amón? ¿Y qué es eso? —se intrigó Clark.

—Veo que no tiene gran conocimiento de este país ni tampoco de los caprichos de la aristocracia británica —sonrió George Moss irónicamente—. No hace muchos años, una expedición patrocinada por la UNESCO y algunos organismos internacionales, encontró en el Valle de los Reyes una nueva tumba, la de un casi desconocido faraón llamado Menebak II.

—Conozco esa historia, aunque le sorprenda —le interrumpió Clark—, Han robado la momia, con el sarcófago y las vísceras recientemente.

—Exacto —Moss le miró con mayor respeto—. Pues bien, entre los tesoros que poseía ese faraón en su sepulcro, algunos fueron robados ya, ante las mismas narices de los arqueólogos. Uno de ellos, en especial, tiene un valor incalculable, por ser pieza única entre los hallazgos de Egipto: una joya de oro, lapislázuli y piedras preciosas, llamada El Ojo de Amón. Se sospecha que el que luce a veces lady Ashley en las fiestas sociales, es el verdadero, adquirido por su marido al ladrón de la joya, y no una copia de fotografías obtenidas inicialmente por los arqueólogos, como asegura sir Vincent.

¿Comprende ahora la importancia de poder ver esa joya en su cuello? Si es el verdadero, su valor es incalculable por ser único. Si no lo es, habrá que seguirse preguntando dónde está el verdadero, aunque sir Vincent es un coleccionista de obras de arte, muy capaz de haberse hecho con el original.

—¿Y no temen a los ladrones, exhibiendo una pieza semejante?

—Supongo que sí. Por eso su secretario, Steve Mason, es en realidad un guardaespaldas dispuesto a todo. Y llevan dos criados más, que nunca salen del camarote de sir Vincent y su esposa cuando ellos no están. Esos criados ocupan un camarote inmediato, con comunicación

directa con el de ellos, junto con Steve Mason.

¿Eso le dice algo?

—Sí —suspiró Travis sacudiendo la cabeza—. Que el Ojo de Amón puede ser el auténtico y han tomado sus precauciones...

—Exacto —Moss le hizo de pronto un gesto, cuando vio aproximarse a dos hombres de piel cetrina, ojos negros y facciones puramente árabes, invitándole al silencio. En voz muy baja añadió—: Será mejor que no sigamos hablando de eso *ahora*...

Clark dirigió una disimulada ojeada de soslayo a los dos árabes. Uno llevaba el uniforme de blanca chaquetilla y fez rojo, de los camareros de a bordo. Le había servido en ocasiones en el camarote. Sabía que se llamaba Ahmed. El otro le era perfectamente desconocido. Vestía bien, un traje de hilo blanco, con camisa azul pálida, y tenía pelo ensortijado con algunas canas. Su nariz era aguileña, y sus ojos negros, helados y penetrantes como los de una ave de presa. Pero poseía distinción y sonreía afablemente de vez en cuando.

—Oh, oficial Moss —habló al llegar junto a ellos—, A usted le buscábamos... Hay un enfermo a bordo.

—¿Un enfermo? —se sorprendió George Moss—, ¿Quién es?

—Neville Roselson, el magnate del petróleo que viaja con nosotros —explicó el hombre de aspecto elegante—. Parece que sufre algo hepático, pero no podría asegurarlo. Lo hemos llevado a su camarote. Estaba buscando a usted o al doctor Carven...

—Yo llamaré al doctor —se apresuró a afirmar Moss, preocupado—. ¿De veras creen que es algo de hígado?

—Bebió demasiado —sonrió confidencialmente el árabe del traje blanco—. Y con este clima... nada resulta extraño. Además, hubo alguien en su camarote, una mujer sin duda. Creo que el viejo petrolero no está para esos trotes, y pudo influir en ello...

—¿Cómo saben que hubo una mujer con él?

Ahmed sonrió significativo y, a un gesto del otro árabe, extrajo disimuladamente de debajo de su chaquetilla una prenda íntima femenina: un sostén de respetables cazuelas, evidente prueba de que su dueña poseía un busto muy desarrollado.

El oficial soltó una imprecación, y el árabe sonrió, mientras Ahmed dejaba en manos de Moss la delatora prenda.

—En las prisas por irse, al verle enfermo, debió extraviar el sujetador —comentó irónicamente el árabe de blanco— No será difícil saber quién fue la fulana, a la vista de ese volumen...

Los hombres rieron, pero Moss, evidentemente preocupado, se disculpó, ausentándose en busca del médico de a bordo, el doctor Harry Carven.

Travis se quedó solo con Ahmed. El camarero carraspeó, al ver que su compañero y hermano de raza miraba escudriñador al joven americano, y se creyó obligado a presentarles.

—Perdonen, señores —dijo con su agradable y suave inglés—. El señor es Clark Travis, ciudadano norteamericano. Ocupa el camarote doce de cubierta. Señor Travis, permítame presentarle al señor Gamal Hassan, funcionario del Gobierno egipcio que nos acompaña en este viaje inaugural, en calidad de invitado especial de la compañía naviera.

—Es un placer, señor Hassan —saludó Travis, cortés, alargando su mano.

—Igualmente digo —sonrió el árabe, estrechándola con fuerza—. Americano, ¿eh?

¿Millonario también? ¿Petróleo, industrias, finanzas...?

—Nada de eso —rió Travis de buen humor—. Relaciones públicas. Simple empleado.

Soy la cenicienta de este barco de lujo, señor Hassan.

—Entiendo —ahora el árabe rió de buena gana—. Y le felicito por ello. Toda esa gente me logra poner enfermo a veces. Tienen demasiado dinero, demasiados caprichos y demasiada arrogancia. Pero el turismo de mi país vive de ellos, y hay que aceptarlos como son. ¿Le gusta este viaje?

—Me gusta su país, sin ánimo de halagarle, señor Hassan. Creo que eso es lo que me atrajo aquí, gastándome mucho más de lo previsto en principio para mis vacaciones.

—No se arrepentirá, seguro —sonrió Gamal Hassan—. Personalmente,

le deseo un viaje feliz y divertido. Y le doy la bienvenida a Egipto, en nombre de mi Gobierno.

—Es un honor inmerecido —se inclinó Clark, cortés—. Nunca lo olvidaré.

—Me cae usted bien, señor Travis. Eso es todo —Gamal

Hassan sonrió de nuevo, presionó amistosamente el brazo de Travis, y añadió enigmáticamente, antes de separarse de él—: No falte esta noche a la pequeña fiesta de a bordo. Puede que se divierta... Ah, ahí viene alguien que parece buscarle a usted. Cultive su amistad. Le será útil, sin duda. Buenas tardes, señor Travis.

Y se alejó, con un destello de rara astucia en sus negrísimos ojos, escoltado por su compatriota Ahmed, hacia el interior del barco.

Clark giró la cabeza, ignorando quién podía ser la persona cuya amistad le aconsejaba Gamal Hassan que cultivase. Se llevó una sorpresa.

Se trataba de lady Elizabeth Ashley, que venía hacia él con frívola alegría, al parecer muy complacida de verle. Su falda de seda translúcida, permitía siluetar debajo unas pier-nas realmente bellas y bien formadas, dignas de una mujer más joven.

—Oh, mi querido amigo Travis, el americano —dijo gozosa—. ¿Dónde se mete, que no le he visto más que en la visita a las pirámides? Estaba deseando charlar con usted de nuevo. Mi esposo es terriblemente aburrido, y está dictando trabajo a su secretaria, la señorita Baldwin...

—Le aseguro que todo el tiempo estuve a bordo —comentó Clark irónico—. No podría bajar de él, aunque quisiera.

—Qué divertido es usted —rió ella, colgándose de su brazo, y volviendo a frotar sus pechos contra él—. Por favor, lléveme a alguna parte donde tomar algo fresco, si no le molesta. Este calor y esta sequedad, logran despertarme la sed a cada momento.

—Será un placer —asintió Clark, cortés, conduciendo a la dama hacia la escalerilla que conducía al bar, sin dejar de recordar las extrañas palabras de Hassan: «Cultive su amistad. Le será útil, sin duda.» Notando la fricción de los senos femeninos en su brazo y torso, se preguntó si lady Ashley podía ser la amante misteriosa del magnate americano enfermo, pero se dijo que no. Sus pechos eran firmes y

duros, pero no tan voluminosos

como los de la dueña del sujetador olvidado.

Se sentaron ante la barra del bar, ocupada solamente al otro extremo por una pareja joven, de ingleses bien vestidos, que hablaban discretamente entre sí. Ella era pelirroja y atractiva, y él simpático y mundano. Les miraron de soslayo, pero apenas un instante, enfrascándose luego en una conversación íntima.

Clark miró de reojo a su acompañante, mientras pedían las bebidas y el camarero egipcio les servía. ¿Por qué le buscaba tanto aquella madura dama? Eso le hizo recordar cierto comentario punzante del oficial Moss. Hombres buscando chicas, damas buscando jóvenes... Era la diversión favorita de la gente de la mejor sociedad. Sin duda, la rica dama inglesa se había encaprichado de él.

—Esta noche dan una fiesta —dijo ella, repitiendo el invariable tema de conversación que últimamente estaba abordando todo el mundo en el barco.

—Sí, eso he oído decir —asintió, distraído, agitando su vaso donde tintineaba el hielo—

. ¿Va a acudir usted a ella, lady Ashley?

—Por supuesto —le miró como si hubiese puesto en duda la existencia de Dios o cosa parecida—. ¿Usted no?

—Pues... no sé —sonrió Clark—, No tengo pareja, la verdad.

—Le sobrarán parejas en la fiesta —rió ella, apretando su brazo significativamente—.

Vaya si le sobrarán, querido amigo... Empezando por mí.

—¿Usted? Tiene ya a sir Vincent, su esposo...

—Oh, él... —hizo un gesto de fastidio—. Demasiado aburrido. Sólo le gusta que luzca las joyas que él me compra. Soy su escaparate, y nada más. No, no. El beberá, paseará aburrido y todo eso. No bailará ni una sola vez, le conozco bien. Usted será mi pareja, Travis. Pero sé que no podrá serlo toda la noche, porque otras me lo disputarán con ventaja. ¿Cree que no he notado cómo le miran otras chicas? Nuestra secretaria, por ejemplo...

Clark se sintió repentinamente incómodo. Se removió en el taburete.

—¿La señorita Baldwin? —comentó algo nervioso—. Nos conocimos casualmente en El Cairo...

—Me lo ha dicho —rió ella—. Creo que se ha enamorado de usted.

—¡Qué tontería, lady Ashley! Apenas nos conocemos...

—No es ninguna tontería. Usted es joven, guapo, arrogante... La clase de hombre que puede enamorar a cualquier mujer. Ah, y no vuelva a llamarme con ese horrible «lady Ashley». Somos amigos, ¿no? Para usted, soy sólo Lizz. Me gusta que me llamen así. y no Elizabeth. Demasiado largo, ¿no cree?

—Es posible —sonrió Clark—, Lizz... Sí, suena bien. A los americanos nos gustan los diminutivos. Son más familiares.

—¿Entonces bailará conmigo? —se animaron los brillantes ojos azules de la dama.

—Será un honor, ciertamente —asintió Clark—. Se lo prometo, Lizz. Sin duda será una de las mujeres más bonitas del festejo.

—No de las más jóvenes, pero sí atractiva aún —suspiró ella—. Y llevaré la joya más original de todas las que se puedan ver. Ha oído hablar de tesoros egipcios, de maravillas faraónicas y todo eso?

—Lo que habitualmente se dice y se publica —Clark se hizo el inocente—. ¿Por qué lo

dice?

—Oh, por nada —rió maliciosa ella, guiñándole un ojo e inclinándose tanto hacia él, que por su descote pudo descubrir Clark la totalidad de sus senos magníficamente enhiestos y firmes aún, hasta el mismo rosado -halo de sus pezones. Lady Ashley no llevaba sujetador. Ni parecía necesitarlo tampoco—. Ya lo verá, mi querido amigo, ya lo verá a su debido tiempo... Será algo capaz de fascinarle, estoy segura...

Siguieron charlando entre sí animadamente. La dama inglesa parecía feliz en su compañía. Ninguno prestó atención al joven simpático y a la muchacha pelirroja del otro extremo de la barra. Pero ellos, aunque disimuladamente, sí tenían fijo su interés en la desigual pareja.

—La dama se ha buscado un joven atractivo —comentó ella entre dientes, fingiendo estar muy interesada en el paisaje ribereño que se descubría por los ventanales del bar—

. Sin duda un *gígolo*...

—El no tiene aspecto de eso. Es americano, sin duda. Y aquí todo el mundo que viaja tiene dinero o títulos, excepto nosotros, y los empleados de los Ashley. De todos modos, lady Ashley parece ser una de esas que le gustan los jóvenes. Si se busca una escolla para esta noche, tendremos problemas.

—¿.Piensas intentarlo hoy, Warren?

—Ella llevará a la fiesta su joya, podría jurarlo, Enid, Querrá deslumbrar al pasaje pero, sobre todo, a su nuevo y joven amigo.

—Me asusta la idea de intentar ya el golpe, Warren... —susurró ella.

—Hay que hacerlo un día u otro, ¿no? Creo que no lucirá su joya más de dos veces en todo el viaje. No quiero correr el riesgo de que lo repita, por cualquier motivo. Será mejor hacerlo hoy. si la luce. Está decidido, Enid.

—Como quieras, Warren. Pero algo me dice que habrá problemas... Estoy asustada, por vez primera en mi vida.

—Tonterías —rió él suavemente, presionando con firmeza sus rodillas—. Todo va a salir bien. Como siempre. ¿Qué tiene este robo que no tuvieron otros más difíciles?

—No lo sé. Y eso es lo que más me inquieta...

La sirena del barco sonó varias veces, saludando a una larga embarcación egipcia a vela, cargada de nativos, que saludaban cordialmente a los pasajeros del *Sphynx*. Palmeras, casas de adobe y tierras fértiles por la bendición del Nilo, iban desfilando en perezosa sucesión frente al barco cargado de turistas.

En un camarote de cubierta, el doctor Carven, médico de a bordo, atendía con urgencia a un millonario americano, el magnate del petróleo Neville Roselson, de un amago de cólico hepático complicado con una leve congestión, reprendiéndole severamente por mezclar excesivo alcohol, calor y una mujer.

—Es una combinación explosiva en estas latitudes, señor Roselson —

decía el doctor Carven con tono de reproche al abatido millonario—. No lo intente más.

En la puerta, el camarero Ahmed y el funcionario del Gobierno egipcio, Gamal Hassan, se miraron entre sí, con una vaga sonrisa, apartándose de la puerta.

—Localicé a la mujer de mayores pechos que viaja a bordo, señor —dijo el camarero.

—¿Quién es? —sonrió Gamal.

—Una americana, por supuesto: Marion Leslie. Tiene más pecho que una vaca. Es rica

porque se divorció de dos millonarios. Pero fue antes actriz de cine. Mala, claro.

—Entiendo —Gamal reflexionó, caminando junto al camarero, hacia cubierta. De pronto cambió de tema—: Esté atento esta noche, Ahmed.

—¿Cree que ella lo lucirá, señor? —dudó el camarero.

—Estoy casi seguro. Y más, si se ha encaprichado de ese joven americano, el señor Travis. Si conozco bien a las mujeres, ella lucirá esta noche el Ojo de Amón. Ya sabe lo que se ha de hacer.

—Claro, señor. Esa joya pertenece a Egipto. Y a Egipto debe regresar... —y en los ojos oscuros del camarero, brilló una fanática luz de convicción, mientras el funcionario gu-bernamental asentía suavemente con la cabeza.

Al llegar la noche, el barco alcanzó la antigua región de Tebas, tras desfilas ante otros puertos fluviales de menor importancia.

En la orilla opuesta, tras la región agrícola, se iniciaban las desérticas arenas, la aridez mortal que conducía a los sepulcros del Valle de los Reyes...

CAPITULO V

Resoplando, el doctor Kelber se despojó de su gorro y mascarilla de cirugía, dejándose caer agotado en un asiento. La doctora Eastman le contempló en silencio.

—¿Puedo hacer algo por usted, doctor? —preguntó ella.

—No, gracias, Florence —rechazó él, todavía pálido, con ojos brillantes y excitados. Alzó unas manos que le temblaban, pese a que poco antes no habían experimentado la más leve vacilación en su delicada tarea—. Ahora sólo nos queda esperar... Estoy cansado, agotado..., pero soportaré el tiempo que sea preciso. Es necesario esperar, no descuidar un detalle. Ahora nos lo jugamos todo.

—Lo sé, doctor —ella miró al interior, a la estancia convertida en quirófano, dentro de aquella aislada edificación en plena zona desértica, y se acomodó junto al doctor Kelber.

bajo la lona y la mosquitera, sin encender luz alguna, iluminados sólo por la redonda y blanca luna que flotaba en el cielo estrellado, sobre la ancha cinta de plata del viejo Ni-lo—. Los aparatos funcionan a pleno rendimiento. El plasma sanguíneo sigue circulando normalmente por las arterias y venas lubricadas...

—Pero el corazón y el cerebro siguen callados, quietos, sin funcionar. Encefalograma y cardiograma son planos todavía —resopló el médico —, Y tal vez sigan así siempre, doctora. No podemos soñar imposibles.

—Usted dijo que, tras la trepanación de la momia, si las vísceras se conservaban, como así era, y se lograba hidratar la masa encefálica que se conservaba disecada en el recipiente de arcilla, existía una posibilidad remota de... de darle vida al fin.

—Lo sé. Y todo ha resultado así. Trepanamos bien ese cráneo, depositamos la masa encefálica en su hueco, logramos conectar las arterias y centros nerviosos, en perfecto estado de conservación... Las ondas eléctricas llegan regularmente a su cerebro y corazón, mientras circula la sangre constantemente, a la temperatura adecuada. La momia ha perdido parte de su aspecto reseco. Pero la vida sigue sin aparecer por parte alguna.

—Tal vez la vida jamás vuelve a un cuerpo muerto, doctor —comentó ella—. Puede que estemos intentando una locura, una blasfemia...

—Tonterías —cortó él acremente—. La ciencia no tiene por qué detenerse ante muros de simple moral o religión. Debe intentarse todo, llegar siempre más allá. Si hay algo más que esta vida, ¿por qué causaríamos un mal al traer de nuevo el aliento vital, el espíritu, el alma o como queramos llamarlo, al cuerpo donde ya residió una vez? Es posible que sea eso lo que deseen todos los que murieron. Ese hombre tiene la suerte de que su cuerpo y sus vísceras se hayan conservado maravillosamente bien, y de que yo crea haber encontrado un sistema de devolver la vida a un cadáver. Ojalá sea así, doctora. Yo...

—¡Silencio, doctor! —pidió ella, con repentina voz tensa—. ¿Ha oído?

—¿El qué? —indagó el doctor Kelber, aguzando el oído—. No capté nada...

—Me pareció..., me pareció captar algo ahí dentro, algún ruido... —señaló ella roncamente hacia la puerta de la vivienda.

—No lo creo. Es su imaginación, doctora —suspiró él—. No sueñe con fantasías de horror. No va a salir una momia caminando por ahí, si es lo que teme, como en una vieja película de miedo. No es ésa la clase de vida que busco y que trato de dar a nuestro

paciente. Si adquiere vida, será un leve soplo, apenas nada. Quizá logremos mantenerle, en ese caso, en una especie de coma, en una mezcla de sopor y delirio. Podremos acaso oír su voz, escuchar por vez primera en el mundo tras su desaparición, el lenguaje auténtico de los egipcios. Pero la momia carecerá de fuerzas físicas para moverse de esa mesa y desconectar sus electrodos. Caería muerta, fulminada en el acto, se lo aseguro.

Además, la señal que debe acusar la existencia de vida, sabemos ambos bien cuál ha de ser: el zumbido súbito del sistema automático de los cardiógrafos y encefalógrafos, apenas dejan de ser planos y...

Esta vez, el doctor enmudeció sin necesidad de que ella dijera nada. Una expresión de repentino horror, asombro e incredulidad, cubrió su rostro. Se incorporó, mientras la doctora Eastman lanzaba un grito ronco, y se pegaba a la lona de la tienda, realmente aterrada.

—Dios mío... —jadeó Kelber—. *El zumbido...*

Bip-bip-bip-bip... Era el sonido del cardiógrafo.

Zum-zum-zum-zum-zum... ¡Y el sonido del encefalógrafo!

Algo, allí dentro, *tenía vida*. Y sólo estaba la momia del faraón Menebak II...

—¡Dios, Dios, no es posible! —casi sollozó el cirujano, precipitándose al interior, mientras la doctora Eastman dudaba, sin saber qué hacer, sobrecogida por un miedo irracional, desconocido hasta entonces para ella.

El doctor Kelber tropezó violentamente con un mueble, al entrar en la antecámara, oscura, y cayó de rodillas, soltando una imprecación. Dentro del quirófano, tras la puerta cuidadosamente cerrada de la sala del fondo, había luz, tal como ellos la dejaran, filtrándose por las rendijas. Y seguía sonando el doble e increíble zumbido que acusaba la existencia de vida en un ser muerto tres mil y pico de años atrás.

—Doctor... —sonó la voz insegura de su femenina auxiliar, en el exterior—. ¿Le ocurre algo?

—No. no —rechazó él, incorporándose precipitadamente—. No me ocurre nada... Sólo un golpe sin importancia... ¿Qué le ocurre, doctora? ¿No viene a ver la maravilla?

—Tengo... miedo, doctor —la oyó musitar, angustiada—. Mucho miedo... por vez primera en mi vida...

—Está usted loca, doctora. Mujer, a fin de cuentas —replicó Kelber con tono despectivo—, ¡Tener miedo ante la mayor maravilla de la ciencia...!

Corrió a la puerta, giró el pestillo... Justo un momento antes de abrirla, los zumbidos cesaron. El silencio se hizo absoluto en la cámara acondicionada como quirófano. El doctor exhaló un gemido de contrariedad, sin atreverse a girar el pomo.

—Oh, no... —se lamentó—. Ya terminó todo...

Abrió, tembloroso, decepcionado. La luz le hería ahora con fuerza en los ojos, tras el tiempo transcurrido afuera, a la simple claridad lunar. Avanzó hacia la cámara hermética, tapada por la cortina negra, en cuyo interior reposaba ahora la momia de Menebak II.

Miró con lástima a las pantallas de los encefalógrafos y cardiógrafos. No descubrió nada ya. Ni siquiera línea plana. Estaban desconectados, silenciosos.

—No lo entiendo... —murmuró, perplejo—. No tiene sentido. No

pueden desconectarse...

Su mirada inquieta se fijó en la cortina corrida. Avanzó resuelto, tiró de ella a un lado...

Una sorda exclamación escapó de sus labios. Sus ojos miraron con infinita incredulidad hacia la plataforma donde reposara el cuerpo del faraón, unido a los cables de los mecanismos eléctricos y del bombeo de plasma sanguíneo a sus venas, así como a la corriente de alta frecuencia destinada a sus centros nerviosos.

—¡No hay *nadie*! —clamó, angustiado—. ¡El cuerpo del faraón ha desaparecido, doctora Eastman!

* * *

El barco se deslizaba, lenta, suavemente, por el centro del río. Sus máquinas fueron reduciendo la marcha hasta quedar inmóviles.

A bordo, se notó el repentino silencio de los sistemas de propulsión. Alguien preguntó con sorpresa:

—¿Qué es eso? ¿Por qué nos detenemos? ¿Alguna avería?

—No —contestó un tripulante—. Estamos ante la antigua Tebas, donde se alzan las ruinas de Luxor y Karnak, a estribor. Y a babor, está la orilla que conduce hacia el Valle de los Reyes, en Gurnah. Permaneceremos aquí detenidos hasta el amanecer, en que se iniciará la excursión por tierra firme, para admirar lo más hermoso y representativo del Antiguo Egipto.

Pero la gran mayoría de viajeros, absortos en la fiesta de a bordo, ni siquiera se dieron cuenta de esa circunstancia. Siguieron bailando, bebiendo, charlando y riendo, en el amplio salón de festejos que el *Sphinx* poseía a bordo.

Y, naturalmente, centro de la atención de todo el mundo en aquella fiesta, no podía ser otra que lady Elizabeth Ashley. O, mejor que ella misma, con toda su elegancia y sun-tuosidad, la increíble joya que colgaba de su cuello.

El Ojo de Amón.

La reliquia era de una belleza increíble. Oro purísimo, en forma de óvalo, bordeando el trazo inconfundible de un ojo egipcio, tal como se dibujaban en sus jeroglíficos, cuya órbita era de alabastro, con la

pupila formada por una gruesa piedra preciosa de enorme valor, y las piedras más pequeñas, junto con el lapislázuli, formaban los bordes y párpados del ojo sagrado de los dios Amón. Alrededor de ese ojo, infinidad de símbolos sagrados, como la serpiente, el escarabajo, el perfil de Osiris y el de Anubis, como símbolos de la vida y de la muerte, y mil detalles más de minuciosa, increíble y delicada orfebrería artesana.

Si era el auténtico, su valor no tenía límites como pieza histórica, arqueológica, e incluso como joya por sí misma. Si no lo era, la copia resultaba asombrosamente perfecta. Tanto, que nadie tuvo la menor duda: aquél era el auténtico Ojo de Amón robado un día en la tumba del faraón Menepkha II.

Lady Ashley sentíase henchida de gozo al verse centro de todas las miradas, envidiada por todas las mujeres, por ricas que fuesen, y admirada por los hombres que veían en aquella joya única, colgada de su cuello alabastrino, una auténtica maravilla sin igual en el mundo. Cerca, muy cerca, vigilaba Steve Mason, el guardaespaldas, sus ojos siempre fijos en su señora pero, sobre todo, en lo que colgaba de su cuello. Bajo el *smoking* color crudo, era más visible aún el bulto de su arma de fuego.

La fiesta estaba muy animada. Lady Ashley había tomado alguna copa de más, y su

insistencia en bailar con Clark Travis, rodeándole con sus brazos amorosamente, era ya agobiante. Su marido, sentado en la barra, ante su enésima copa, ni se preocupaba de ella, aunque sí de su prodigiosa joya, colgada de la gruesa cadena de oro.

Clark había bailado también con una americana de opulentos senos y exuberante sensualidad llamada Marion Leslie. No le resultó difícil imaginar que era la amante del viejo magnate Roselson, la que perdiera el sujetador de sus muy respetables glándulas mamarias en la alcoba del tejano rey del petróleo. Tuvo que huir de ella virtualmente, o allí mismo, en cualquier rincón, hubiese sido capaz de violarle. Era una hembra de mucho cuidado, una auténtica «devoradora de hombres». La crisis vascular y psíquica de Neville Roselson, empezaba a resultar comprensible...

—Parece divertirse usted mucho, Travis.

Clark se volvió, gratamente sorprendido, hacia la jovencita que, junto a él, recogía dos vasos de combinado de la barra.

—Vaya, mi buena amiga Ada Baldwin... —comentó—. No nos vemos a menudo en este viaje, ¿no es cierto? Eso, a pesar de lo que hablamos en El Cairo...

—Vernos, sí nos vemos. Pero siempre de lejos —sonrió ella—. Lady Ashley parece haberle acaparado totalmente. Tenga cuidado.

—¿Con sir Vincent? —“sonrió Clark.

—No. Con ella —rió Ada con buen humor—. Es una dama peligrosa, pese a su edad.

Aún es atractiva, le chiflan los jóvenes guapos... y tiene suficiente dinero para comprar lo que se le antoje.

—A los hombres no se les compra. Ada.

—A algunos, sí —ella le miró, irónica—. Usted no sé. Por el momento, parece una presa fácil para ella.

—Pero desinteresada. Me resulta difícil despegarme de lady Ashley. No me gustaría pecar de grosero, dado que soy aquí el único miembro ajeno a este círculo social...

—Yo también lo soy. Y Steve Mason, ese guardaespaldas que llevamos por todas partes

—se inclinó, revelando confidencialmente a Clark—: Y, a juicio mío, también hay aquí dos personas que no son lo que dicen o, por lo menos, no me lo parecen, pese a que hagan bien su papel.

—¿De quiénes habla? —se interesó Clark.

—De esa joven pareja... La pelirroja y el joven de aire mundano... —señaló hacia Warren Preston y Enid Raines disimuladamente—. Dicen ser aristócratas ingleses. Estoy segura de que mienten.

—¿De veras? —Clark enarcó las cejas—. ¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Por presumir en las fiestas y reuniones que no les corresponden?

—Es posible, sí. Tienen cierta clase, pero no son nobles, podría jurarlo.

Los ojos de Travis se clavaron en lady Ashley, que le buscaba ya impaciente con la mirada. Se irguió, tomando dos copas y sonriendo. Pero su mirada, fija en el hermosísimo óvalo de oro y piedras preciosas que centelleaba colgado del cuello de la dama, era sombría y preocupada en estos momentos.

—Me pregunto si esos dos... —comenzó deteniéndose a media frase.

—¿Qué se pregunta?

—No, no, nada —se dispuso a ir hacia lady Ashley, una vez más, con las bebidas

solicitadas. Antes, miró curioso a la joven—, ¿Y usted? ¿Con quién está ahora? Veo que lleva dos bebidas...

—Mi pareja por esta noche, es un joven bastante simpático —comentó risueña—. El segundo oficial del *Sphynx*. George Moss... No me diga que se siente celoso, Travis...

Y riendo alegremente, se alejó hacia donde la esperaba el joven oficial de a bordo, con su impecable uniforme blanco de gala. Clark meneó la cabeza, encaminándose hacia donde estaba lady Ashley, con sus manos ocupadas por los combinados.

—Oh, querido, al fin regresas... —murmuró ella dulcemente, tomando su vaso y apoyando una mano en el brazo de Clark, mientras su amplio y generoso descote exhibía con desenvoltura sus espléndidos senos a los ojos de él—. Vamos, bebamos un poco y bailemos. Me siento tan feliz esta noche...

Clark asintió, tomando un sorbo. Cuando ponía el vaso en una repisa, observó que el compañero de la pelirroja inglesa, el presunto joven aristócrata, se aproximaba a lady Ashley hasta casi rozarla como por simple casualidad. Rápido, se cruzó, logrando apartarle y quedándose junto a la dama. En ningún momento apartó su mirada del destello dorado y los irisados fulgores del Ojo de Amón.

—Perdone —sonrió cortésmente al desconocido joven—. Esta hermosa dama es mi pareja... No le importa, ¿verdad?

—No, no, claro que no —los ojos de Warren Preston se fijaron en él con cierta animosidad bien disimulada—. Discúlpenme, se lo ruego... Soy..., soy sir Warren Preston, de Londres. Viajo con mi esposa, lady Enid... Si desean venir luego a mi mesa, les invitaré con mucho gusto, señores...

—Será un placer —se apresuró a afirmar lady Ashley volublemente—. Iremos, mi querido sir Warren... ¿Sir Warren ha dicho? Es curioso. No recuerdo haber oído su nombre en Londres jamás.

—Bueno, no frecuentamos mucho las reuniones. Ni siquiera estamos

demasiado tiempo en Londres habitualmente. Eso debe explicarlo, ¿no. lady Ashley?

—Sí, sin duda —admitió ella distraída. Luego se volvió a Clark, una vez más, aferrándose a él, devorándole casi con los ojos e invitándole, melosa, con un mohín coqueto en sus labios gordezuelos—: Vamos, querido. Bailemos de nuevo... Deseo ser feliz esta noche...

Clark asintió, resignado. Dirigió una mirada desesperada por encima del hombro nacarado de ella hacia donde Ada Baldwin sonreía, bebiendo en compañía del elegante e impecable oficial Moss.

Y se puso a bailar con lady Ashley. El poderoso sistema estereofónico de a bordo, emitía música de violines, muy adecuada para los maduros turistas del *Sphynx*.

Esta vez, el baile no duró demasiado. Repentinamente, alguien se interpuso entre Travis y su pareja, apartando a ésta con brutalidad, al tiempo que una áspera voz sonaba con acritud, insultante para el joven americano:

—¡Ya basta, maldito bastardo vividor de mujeres! ¡Fuera, suelta a mi esposa o le rompo la cabeza!

Clark se quedó rígido, mirando con sorpresa y disgusto a sir Vincent Ashley. El marido de Lizz Ashley aparecía congestionado, sin duda por la bebida, con ojos turbios y dilatados, la boca crispada y las manos cerradas, como mazos amenazadores.

Lady Ashley, empujada por el marido, había ido a caer en un sofá, en medio de la

consternación general. Rápidamente, el oficial Moss se apartó de Ada Baldwin para intervenir.

Pero sir Vincent estaba demasiado furioso como para razonar. Clark trató de dominar la situación con cierta elegancia. y su voz suave se elevó, correcta, cortés, sin desmerecer lo más mínimo del ambiente social en que se encontraba:

—Sir Vincent, creo que ha bebido ligeramente de más. y eso enturbia su sentido común. Sus insultos hacia mí carecen de importancia dado su estado actual, pero creo que está ofendiendo grave e injustificadamente a una dama respetable y digna como es su esposa...

Pero no podía razonar con un hombre en el estado en que se hallaba

el marido de la dama. Sir Vincent, en vez de entrar en razón, soltó un exabrupto, y lanzó torpemente sus puños contra Clark. Este fintó, y los mazos furiosos se perdieron en el aire, haciendo tambalear al inseguro Ashley.

No obstante, éste se rehízo antes de que nadie pudiese frenar sus impulsos agresivos, y con un soez juramento, indigno de un caballero, alargó una mano, tomó de una mesa una botella de ginger-ale. y la rompió violentamente, enarbolando contra el rostro de Travis las afiladas aristas de vidrio.

—¡Sucio patán americano! —tronó rabioso, intentando herir a Clark.

Obró con excesiva lentitud y torpeza, tal vez a causa de su estado, como para herir a un hombre joven, ágil y de buenos reflejos como Clark Travis. Este no sólo eludió el peligrosísimo impacto de aquel puñado de cuchillas en que se había convertido una inofensiva botella, sino que sin contemplaciones ya de ningún género, disparó primero su zurda y luego su diestra, alcanzando al noble británico en su hígado y en su estómago.

Fueron dos impactos seguros, contundentes. Falto de aliento, se dobló sir Vincent, boqueando, y luego rodó, tosiendo espasmódicamente, por la pista de la sala de fiestas del buque fluvial. La rota botella rodó lejos de sus anchos dedos, y una oportuna patada del oficial Moss la alejó definitivamente. Luego, cuando sir Vincent intentaba incorporarse a toda costa, la firmeza del oficial le retuvo en el suelo, para luego conducirlo enérgicamente lejos de Travis. Este respiró hondo, mirando con ira al ebrio aristócrata.

Para su sorpresa, el propio capitán Bradford se aproximó a él, conciliador.

—Por favor, señor Travis, disculpe este embarazoso incidente. No tengo palabras para deplorar un hecho al que usted fue totalmente ajeno. Creo que se ha comportado como todo un caballero, cosa que no hizo en ningún momento sir Vincent. Venga conmigo, siéntese en mi mesa mientras todo esto se arregla...

—No, capitán, gracias —rechazó cortésmente Clark—. Por mi parte, todo acabó ya. Iré a la barra. ¿Quiere ocuparse usted mismo de lady Ashley? Será lo mejor, capitán...

—Sí, creo que sí —el marino le miró respetuoso—. Gracias, señor Travis.

Se alejó, en dirección a lady Ashley. Pero ésta, tras el incidente desagradable, también reaccionó con cierta violencia al inclinarse hacia ella el capitán Bradford.

—No, no. No quiero a nadie ahora —replicó altivamente, poniéndose en pie—.

Disculpen todos, pero me retiro. Creo que será lo mejor, dadas las circunstancias, capitán.

Y con su arrogancia habitual, cruzó la sala, bajo las miradas de todos, abandonándola en silencio. Rápido, Steve Mason partió tras ella, con una imprecación entre dientes, que Clark llegó a entender:

—Perdonen. No puedo dejar sola a lady Ashley, llevando encima esa joya...

Clark no se movió de la sala. Tampoco sir Vincent Ashley, a quien lord Silas Braham.

Neville Roselson y otros asistentes rodeaban, tratando de tranquilizar, mientras el capitán Bradford y el oficial Moss controlaban la situación. Pero a partir de ese momento, la fiesta iría languideciendo lógicamente, pensó Clark.

Sólo diez minutos después de salir en pos de ella, regresó Steve Mason a la sala, con expresión agitada. Muchos volvieron la cabeza hacia él. Clark se irguió en el taburete de la barra, alarmado.

—Señores... —comenzó el guardaespaldas, evidentemente pálido bajo su tez oscura—.

Capitán...

—¿Qué ocurre? —indagó éste, rápido, acercándose a él. —No sé... —se excusó Mason—. La señora.... lady Ashley... ¡Ha desaparecido! No la encuentro por parte alguna...

CAPITULO VI

Era cierto.

No aparecía por ningún sitio del barco. No estaba en su camarote. Ni en el otro bar, ni en cubierta, ni en la sala de juegos o en la de lectura. Elizabeth Ashley parecía haber sido engullida por la noche, sin dejar rastro.

Su marido sollozaba, al reunirse con cada grupo que recorría el barco, en busca de la desaparecida. Paulatinamente, todos confluyeron en el puente, tal como indicara el capitán Bradford al iniciarse la búsqueda.

—Nada... —gimió—. No hay rastro de ella. ¿No ha encontrado nadie una pista de su posible paradero?

—No. ninguna —respondió el capitán, sombrío, tras recoger información de todos los que fueron llegando al puente—. Sin embargo, si no se arrojó al río, tiene que estar a bordo. Un barco, por pequeño que sea, ofrece muchos escondrijos a una mujer angustiada y que no desea ver a nadie. Caballeros, señoras, señoritas... Les ruego que empecemos de nuevo. Es preciso dar otra batida. Y esta vez, apuraremos las pesquisas, lo recorreremos absolutamente todo, incluidas las salas de máquinas y la bodega destinada a la carga, los frigoríficos, las cocinas... En fin, absolutamente todo, sin olvidarse de un solo compartimento. Estudiaremos el plano del barco, planta por planta, para organizar adecuadamente la búsqueda...

Y nuevamente, tras una reunión en torno a los planos del *Sphynx*, se inició la búsqueda exhaustiva de la mujer desaparecida. Clark Travis pudo captar un comentario, de pasada, cuando caminaba cerca de Steve Mason, el guardaespaldas, y su patrón, sir Vincent:

—¿Y la joya, sir Vincent? ¿Qué habrá sido de ella?

—No lo sé, Mason. Encuentre a mi mujer y seguramente también aparecerá la joya —

fue la respuesta adusta del marido—, Ahora, es ella quien importa.

Parecía realmente arrepentido de todo lo sucedido antes. Incluso le dirigió una mirada de perro apaleado, como justificándose por ello, aunque no pronunció palabra.

Clark se encaminó otra vez en busca de la desaparecida, como todos

los de a bordo, incluida la tripulación. Ada se unió a él espontáneamente.

—¿Podemos ir juntos? —le pidió la joven.

—Claro —sonrió Clark—, No siento celos del oficial Moss, después de todo.

—Me ha defraudado —rió ella apagadamente—. La verdad es que esperaba despertarlos en usted, Clark. Eso quiere decir que no significo gran cosa para usted.

¿Siente alguna atracción realmente hacia lady Ashley?

—¿Yo? —Clark pareció asombrarse de la pregunta—. Por Dios, no diga eso, Ada. Es difícil eludirla sin ser grosero. Pero lo cierto es que empieza a resultarme violento mi papel a su lado. A veces, parece en realidad como si buscase un romance...

—No es lo que parezca. Es que es así. Conozco a lady Ashley. Le gustan los jóvenes guapos como usted. Incluso es posible que termine enamorada, aunque primero sea un capricho. Sucedió otras veces.

—¿Y siempre reaccionó tan violentamente su marido?

—No, eso es nuevo. Le confieso que me ha llenado de asombro. Creía conocerle bien, y

hoy he visto que no es así. ¿Dónde cree que estará ella ahora?

—Sé tanto como usted y los demás, Ada. Ojalá acertemos a dar con ella.

—¿Teme que se haya arrojado al río? El Nilo es muy profundo y fangoso aquí.

—No creo que haya cometido esa locura. No me parece una suicida ni una histérica.

—Ojalá tenga usted razón. No me gustaría que este bonito viaje se echase a perder por una tragedia... —parecía meditar sobre algo—. Estaba pensando...

—¿Qué pensaba?

—No sé. En esa joya...

—¿El Ojo de Amón?

—Sí. ¿No pueden haberle causado algún daño para robarle?

—Entra dentro de lo posible, pero casi todos estábamos en esa sala...

—No todos. Es fácil en una fiesta ausentarse sin ser advertido. Yo vi salir de allí, poco antes, al camarero .Ahmed, a ese funcionario egipcio, Gamal Hassan... y hasta a Marion Leslie, esa chica de los senos grandes... Otros muchos podían andar por ahí e intentar algo contra ella...

—Sí, es una posibilidad —suspiró Clark Travis—, Esperemos que tanto ella como su irrepetible joya estén a salvo...

Los dos jóvenes se encaminaron a la zona marcada por el capitán Bradford para ellos.

Los demás, ya se habían dispersado en diversas direcciones por entonces.

Más allá de las luces que festoneaban la cubierta y camarotes del barco, la luna rielaba en la superficie apacible y oscura del Nilo, río de dioses y leyendas. En sus orillas, ruinas faraónicas y palmeras formaban el paisaje eterno de una tierra de milenios.

* * *

—¿Qué son esas luces, doctor?

—Un barco anclado en medio del río... —jadeó el doctor Kelber, deteniéndose con expresión de desaliento entre los helechos de la orilla—. Tal vez una embarcación de turistas. Acostumbran a recorrer muchas el Nilo, río arriba o río abajo...

La doctora Eastman fijaba sus ojos preocupados en el festón de luces de la cubierta, y los redondeles luminosos de los ojos de buey, reflejándose en el río, a mitad de su anchura.

—No ha podido evadirse por aquí, doctor —hizo notar apagadamente.

—No, maldita sea. Si esa momia cobró vida realmente, no creo que se haya lanzado a nadar. Y si alguien la robó.... tampoco podría nadar con su peso encima... Oh, es para volverse loco, doctora Eastman. ¡Un cuerpo muerto durante milenios, de repente desaparece sin dejar rastro, justo en el momento en que *parece* cobrar vida!

—¿Cobró realmente vida, o alguien nos ha jugado una mala pasada, doctor? —dudó ella, escéptica—. Mientras no vea andar por su propio pie a Menebak II, no podré creerlo.

Y Dios quiera que nunca vea tal cosa.

—Doctora, estábamos aquí para eso. Todo parecía resultar bien Y, de pronto, nos quedamos sin nada. La momia se pierde, e ignoramos cuanto sucedió en el quirófano durante esos minutos... Parece haber huellas en la tierra blanda, eso sí. Seguimos esas misteriosas huellas, ¿y qué? Llegamos al Nilo, frente a un barco detenido en medio de su corriente, quizá a la espera del nuevo día para invadir esas cercanas ruinas con una nube

de estúpidos turistas que no ven más allá de sus narices y del catálogo de las agencias de viajes... Es para volverse loco.

—Es preciso hacer algo, doctor. El profesor Cortland puso su dinero para esta experiencia. Su entidad criónica está mezclada en la financiación del proyecto. ¿Qué dirá cuando venga mañana a conocer los resultados de la prueba?

—No lo sé, ni me importa —escudriñó, exasperado, las negras aguas silenciosas, como si ellas guardasen el secreto que él buscaba—. Lo que necesito es esa momia... Vivo o muerto, debo recuperar lo antes posible al faraón Menebak II...

—Pero ¿cómo, doctor? —murmuró ella, con desaliento.

El doctor Kelber no llegó a contestar. En ese momento, un grito agudo, largo, horrible, brotó de alguna parte de aquella embarcación orlada de luces que aparecía mansamente detenida en medio del Nilo.

Era un grito de mujer. Un grito de terror. Tal vez de muerte...

—Ese grito... —jadeó la doctora Eastman, con un escalofrío, mirando a Kelber con expresión de angustia—. Dios mío... ¿Qué significa?

El doctor Kelber la miró con expresión sobrecogida, sin poder siquiera responder. Pero parecía estar seguro de que algo terrible sucedía a bordo de aquel barco...

* * *

Ya la habían encontrado.

Allí estaba ahora lady Elizabeth Ashley. Lizz, para sus amigos. Rubia, pálida, hermosa y madura.

Y muerta.

Muerta por estrangulación. Las huellas en su cuello eran terriblemente claras. Grandes manchas amoratadas, hundiéndose en su carne alabastrina, revelaban en el níveo cuello la señal de la violencia asesina.

Nada impedía ver esas señales mortíferas. Por la sencilla razón de que no había ya cadena de oro en torno a su cuello. Y menos aún el deslumbrante Ojo de Amón.

El oficial George Moss y Marion Leslie, la americana del busto agresivo, habían sido quienes dieran con ella. El grito desgarrador, había escapado de la garganta de la rolliza americana, al llamar la atención del oficial, tras dar de manos a boca con el cadáver de la dama. Moss, cuando llegó junto a ella, lo hizo justo a tiempo de recoger en sus brazos a la desvanecida americana.

Cargar con ella no había sido tarea fácil. Su cuerpo opulento era un buen lastre incluso para un hombre fuerte y joven como Moss. La llevó a cubierta, y avisó a los demás con un silbato, si bien el grito agudo de ella ya había atraído hacia allí a todos los demás, precipitada, confusamente.

—Lo siento, señores —informó en ese momento el primer oficial con voz ronca—.

Hemos encontrado a la señora Ashley. Será mejor que sir Vincent no la vea aún...

Pero el marido había insistido enfáticamente en rechazar ese consejo, y formó parte del primer grupo que se enfrentó a la cruda y siniestra realidad. Luego, el doctor Carven,

como médico de a bordo, dictaminó lo que ya era ostensible para todos:

—Muerte por estrangulación. Debió de ser una mano de terrible fuerza la que provocó su asfixia, no hay duda. Vean el gesto de la infortunada señora. Está aterrada, como si no creyera lo que ve...

—Y su joya falta... —señaló la voz apagada de Steve Mason—. Vean... El Ojo de Amón ha desaparecido...

—¡Al infierno con el Ojo de Amón! —aulló con ira el viudo—. ¡Cállese ya. Mason, de una maldita vez! ¡He perdido a mi esposa! ¿Qué puede importarme ahora la joya?

Y demudado, contempló largamente el cadáver de lady Ashley, tendido en aquel escondido rincón de una despensa cercana a las cocinas. Un lugar no demasiado bien registrado antes, en la primera ronda de búsqueda.

—Bien, señores —habló lentamente el capitán Bradford—,

Creo que sir Vincent tiene derecho a que se respete su dolor. Pero tenemos que hacer algo. Se ha cometido un asesinato y un robo a bordo de mi barco. Debo iniciar, como responsable directo de sus personas, una investigación a fondo, más el registro minucioso de todos los camarotes del barco, sin que nadie pueda sentirse por ello ofendido. No habrá excepciones de ningún género. Todos los viajeros, sus equipajes y enseres y sus alojamientos, deberán pasar forzosamente esa revisión, le guste o no.

—Estamos totalmente de acuerdo, capitán —corroboró Gamal Hassan, abriéndose paso entre los presentes. Exhibió su credencial de forma ostensible a los viajeros—. Como algunos de ustedes ya saben, soy funcionario del Gobierno egipcio y, en calidad de tal, colaboraré con el capitán Bradford para llevar a cabo las investigaciones oportunas, en representación de las autoridades de mi país. ¿Le parece bien, capitán?

—Me parece excelente, señor Hassan —sonrió tristemente el capitán—. Gracias por su cooperación. Aunque yo sea la autoridad máxima a bordo, usted lo es ahora en nombre de su país, donde nos hallamos. ¿Qué sugiere que hagamos para empezar?

—Inicialmente, enviar un radiograma a El Cairo para informarles de lo sucedido. Este asunto afecta a la policía egipcia, pero entretanto, usted tiene carta blanca para llevar el caso, capitán.

—Muy amable, señor Hassan. Enviaremos ahora mismo ese radiograma. Deberán reunirse todos en la sala de baile, para un interrogatorio minucioso. Luego serán registrados. Y sus camarotes también. El señor Hassan llevará esa parte del asunto, y yo las preguntas a todos ustedes. Ahmed, prepare todo en el salón a tal efecto. Que dos de mis hombres se queden cuidando de! cuerpo de la señora Ashley en una cabina.

—Sí, señor —dijo el camarero Ahmed respetuosamente—. Todo estará

listo en breve.

—Antes, usted será el primero en ser registrado —señaló imperturbable el capitán—. El señor Hassan me registrará a mí a su vez, y yo a él. No debe haber excepciones, porque en este recinto cerrado que es mi barco, todos, absolutamente todos, somos sospechosos de asesinato desde este mismo momento, que quede eso bien claro. No será atendida queja ni protesta alguna, aunque se tratará a todo el mundo con el debido respeto.

No se elevó una sola queja, ni una protesta. La general consternación que el suceso había provocado en los viajeros y tripulantes del *Sphynx*, resultaba obvia en estos momentos.

* * *

—Las cinco menos veinte minutos... —dijo sordamente Warren Preston, tras una ojeada a su reloj de pulsera—. Pronto amanecerá... y ni siquiera creo que nos dejen ir a tierra, a visitar ruinas...

—¡Visitar ruinas! —se irritó Enid Raines, volviéndose airada hacia él—. ¿Es que en estos momentos deseas realmente ver algo, hacer turismo... con ese cadáver a bordo?

—¿Y por qué no? —Warren se encogió de hombros—. Lady Ashley está muerta. Nada ni nadie va a devolverle ya la vida. ¿Qué ganamos con permanecer encerrados a bordo, como delincuentes?

—Warren, me pregunto...

—¿Qué te preguntas, Enid? —él la miró ceñudo—, ¿Qué te ocurre esta noche? Has estado rara durante los interrogatorios, en los registros... A veces tuve miedo de que confesaras abiertamente ser lo que realmente somos, sin que nadie te lo preguntara...

—¿Y qué si lo hubiera dicho? —se mostró ella amargamente desolada—. Somos dos seres despreciables. Dos ladrones, dos tipos de la peor calaña, Warren, pienses tú lo que pienses. Pero hasta ahora... nunca había habido un crimen por medio.

—Eh, espera un momento —se sobresaltó él, acercándose a ella en dos zancadas. La tomó por un hombro, haciéndola volver con viveza—. ¿A qué te refieres ahora. Enid?

¿Qué significa eso de que nunca hubo un crimen por medio?

—Justamente lo que he dicho. Hemos sido ladrones, sí. Hemos desvalijados hoteles, transatlánticos, propiedades... Pero nunca nos manchamos de sangre, Warren.

—¿Estás pretendiendo acusarme *a mí* de... de asesinato? —casi gritó él.

—No necesitas elevar la voz para proclamar quién eres ante todos, Warren —le reprochó ella—, Pero algo parece haber quedado claro en ese largo interrogatorio a que nos sometieron el capitán Bradford y ese funcionario egipcio: el que robó esa joya, el Ojo de Amón..., mató a Elizabeth Ashley. Y ambos sabemos la verdad: *tú robaste* el Ojo de Amón.

Se hizo un profundo silencio en el camarote del barco. Muy pálido, Warren Preston contempló a su compañera casi con terror. Las palabras brotaron atropelladamente de sus labios:

—¡No puedes pensar eso *de mí*! —jadeó—. No es posible que tú pienses que soy... un asesino!

—Warren, quizá no pretendiste matarla, pero supongo que ella se resistiría a perder su joya, pelearía contigo... ¿Fue un homicidio involuntario, Warren? ¿Lo fue?

—Por Dios... —Preston se llevó las manos a la cabeza, caminando por el camarote con desesperados movimientos—. Yo no hice nada de eso, Enid, tienes que creerme. ¡Yo sería incapaz de matar a nadie, y menos aún a una mujer! Hemos..., hemos dado muchos golpes como éste, sin que nunca hubiera que matar a nadie, sin manchar nuestras manos con sangre. Es terrible que pienses algo así, Enid...

—Lo siento. ¿Qué otra cosa podría pensar? ¿Cómo conseguiste el Ojo de Amón, entonces?

—Sí, *sir* Warren —sonó una voz sardónica—, ¿Cómo pudo conseguirlo, sin matar a lady Ashley?

Enid lanzó un ronco grito de temor, y Warren Preston se volvió, sobresaltado, mirando con estupor al hombre que, tranquilamente, aparecía sonriendo en la puerta de la inmediata cabina, destinada al aseo.

—¡Usted! —masculló Preston—, El americano... El amigo de lady Ashley...

—Eso es —asintió calmoso Clark Travis, caminando hacia ellos—. Deben perdonarme.

Cometí un acto indigno al quedarme encerrado en un camarote antes de que llegasen sus ocupantes, pero siempre estuve seguro que, si había ladrones a bordo atraídos por el Ojo de Amón, tenían que ser los dos jóvenes de quienes nadie había oído hablar en Londres como personas de la buena sociedad. En suma: ustedes dos. No hace falta ser policía para intuir cosas así. Veo que no me equivoqué.

—No tenía derecho a espiarnos... —se quejó amargamente Enid, demudada, cayendo en un asiento.

—Lo sé —suspiró Travis—. Por ello pedí disculpas ya. Pero ustedes tendrán que hacer algo más que eso ante el funcionario egipcio Gamal Hassan...

—¿Ha pensado en que si yo fuese el asesino de lady Ashley, podría también matarle a usted, entrometido maldito? —farfulló colérico Preston.

—Lo he pensado, sí. ¿Piensa hacerlo? —sonrió Clark.

—Yo no soy un criminal, señor Travis —Warren se encogió de hombros con exasperación—. No podría hacerle daño. ¿Qué piensa hacer ahora con nosotros?

—Yo, nada. Debo, sin embargo, informar a la autoridad de a bordo, el capitán Bradford.

Y al señor Hassan, por supuesto. Cuando menos, acaba de confesar que robó el Ojo de Amón... Eso le hará sospechoso de asesinato ante ellos.

—¡Cuando le quité la joya a lady Ashley, ella ya estaba muerta! —protestó vivamente Warren, con expresión de perro acorralado—. Además..., puedo negar cuanto ha oído.

Será su palabra contra la mía... y la de Enid.

—Muy bien. De todos modos, investigarán su vida a fondo. A estas horas, el Gobierno egipcio habrá pedido ya las referencias completas de cada viajero a su lugar de origen. La policía no tardará en llegar aquí para hacerse cargo del caso, o nos harán regresar a El Cairo para la investigación. Sabrán que usted es sólo un profesional del robo, señor Preston. Lo demás les resultará sencillo.

—Recuerde que he sido registrado, lo mismo que la señorita Raines. Y que este camarote ha sido minuciosamente examinado. Nadie encontró nada, ¿no es cierto?

—No buscaron bien, señor Preston —bostezó Travis irónico—, Vea qué sencillo es, después de todo...

Se movió con celeridad. Estaba junto a Warren Preston. Alargó su mano, y arrancó de la cabeza de éste un perfecto postizo, un aplique de cabello natural, idéntico al cabello que, muy planchado, con redecilla, aparecía debajo del peluquín. Bajo esa redecilla, asimismo, aparecía una deslumbrante joya en oro y pedrería. El Ojo de Amón.

—¡Usted sabía...! —jadeó Preston, aturdido, retrocediendo unos pasos.

—Solamente imaginaba cosas —sonrió Clark suavemente—. Observé esta noche su cabello, y creí advertir en él algo diferente al de días anteriores, eso fue todo... El resto era simple especulación ¿No cree que debe devolver esa joya y confesar la verdad, si no

quiere ser acusado de asesinato, señor Preston?

—Hazlo, Warren —sollozó Enid—, Este hombre tiene razón. Será lo mejor...

—Está bien —se lamentó él tristemente—. Si no hay otro remedio...

—No. Warren —admitió Clark solemne—. Me temo que no lo hay...

Poco después, ante el capitán Bradford y el funcionario egipcio, un Warren Preston abatido y roto, confesaba su robo, insistiendo enérgicamente en que él halló el cadáver de lady Elizabeth Ashley y. en vez de llamar la atención de los demás sobre su paradero, arrancó de su cuello el Ojo de Amón, prosiguiendo la búsqueda sin decir nada.

Gamal Hassan y el capitán Howard Bradford le escucharon en silencio, con expresión inmutable. Al fin, ambos examinaron la espléndida joya minuciosamente. El primero, por razón de su cargo, fue el capitán Bradford. El segundo, el propio Hassan.

Finalmente, tras un detenido estudio de la reliquia faraónica, el funcionario del Gobierno de El Cairo fue contundente, al depositar el Ojo de Amón sobre la mesa:

—Su historia tal vez sea cierta, señor Preston. Pero, desde luego, este Ojo de Amón es absolutamente falso...

CAPITULO VII

—¡Falso! ¡Es imposible! —bramó un sir Vincent Ashley lívido y convulso—. ¡Mi esposa se puso anoche el auténtico Ojo de Amón, el que pertenece a mi colección privada!

—Señor, tendrá que explicar usted al Gobierno de mi país cómo llegó a poseer realmente el verdadero Ojo de Amón —le recordó suave, pero fríamente Gamal Hassan, clavando en él sus helados ojos negros—, Pero, de todos modos, insisto en lo que afirmé antes: esta joya es falsa. Cualquier experto podría advertirlo en seguida.

—Parece tan auténtica, tan valiosa... —comentó Ada Baldwin, mirándola absorta.

—Señorita, en realidad no es una baratija —explicó amablemente Hassan volviendo su mirada penetrante a la joven secretaria de sir Vincent—. Es de oro puro y tiene piedras de valor. Realmente, tiene un elevado precio... simplemente como joya. Pero sólo es una copia de la auténtica, una simple reproducción hecha por un orfebre europeo, sin duda alguna. Yo me refería a un experto en egiptología, en historia de mi país, en arqueología...

—¿Usted lo es? —se sorprendió Clark Travis.

—Sí, señor Travis —Gamal Hassan le miró rápido—. ¿Por qué se extraña?

—No, no, por nada. Lo cierto es que a mi me hubiera engañado. Juraría que es la misma que vi anoche, en la fiesta...

—Realmente, señor Travis, usted demuestra ser un buen observador —sonrió Hassan—

. Es la misma.

—¿Quiere decir... que *nunca* fue la auténtica joya la que lució lady Ashley?

—Exacto. Anoche, en la fiesta, era una copia la que lucía, seguramente esta misma —

corroboró el egipcio—. Me di cuenta en seguida. Pensé que era una medida de precaución del propio sir Vincent Ashley. Para evitar un robo a bordo... y para impedir que un funcionario oficial egipcio pudiera hacerle preguntas inoportunas sobre la posesión de una joya

que no debe salir de este país a ningún precio.

—Sé tanto de todo esto como usted —farfulló sir Vincent aturdido—. Al menos para mí, siempre fue la verdadera joya.

—¿Nunca hizo una copia de ella? —dudó Hassan, mirándole con fijeza.

—Sí. La hice. No podía correr riesgos excesivos con esa joya tan valiosa. Pero esa copia está aún en mi poder.

—¿Podemos verla, sir Vincent? —pidió suavemente el egipcio.

Ashley se volvió a su secretario y guardaespaldas, Steve Mason. Le ordenó, seco:

—Muestra la copia al señor Hassan.

En silencio, Steve Mason se inclinó, quitándose un zapato de los que llevaba. Eran de tacón muy alto, pero esto era una moda en ciertos sitios, y no tenía nada de insólito por sí mismo.

Sin embargo, el hombre de aspecto de pistolero hizo girar ese tacón y, en un interior de goma, perfectamente acoplada, apareció una nueva copia centelleante del dorado y bellísimo Ojo de Amón,

Hubo un murmullo de sorpresa en los presentes. El capitán Bradford preguntó a Hassan:

—¿Esa pieza también es falsa?

El egipcio no respondió de inmediato. Por el contrario, se dedicó a examinar la joya en

sus dedos, tras extraerla Mason del hueco de su tacón. La acercó a la luz. Luego, meneó la cabeza negativamente.

—No es auténtica tampoco —confirmó—. Tiene menos valor aún que esa otra. Es una copia menos perfecta. Y con piedras de menor valor. No engañaría a nadie, sir Vincent.

—Lo siento. Yo sólo hice fabricar una copia. De esa otra no sé absolutamente nada.

—Y, sin embargo, es la que llevaba encima el cadáver de lady Ashley, cuando lo halló el señor Warren, según su confesión —le señaló apaciblemente Hassan.

—¡Ese ladrón debe mentir! —tronó el viudo—. Tal vez posee la auténtica, y se hizo previamente de una falsa para hacer el cambio en su momento. Sería una jugada muy astuta, ¿no le parece?

—Ciertamente, lo sería —sonrió Hassan—. El señor Warren demostraría dos cosas: poseer un ingenio muy agudo... y tener mucho dinero, además. Esa copia que él poseía, vale una pequeña fortuna en cualquier joyería, aun no siendo una auténtica reliquia egipcia, usted lo sabe. Demasiado dinero para arriesgarlo en un robo hipotético y bastante problemático.

—Juro que nada sé de esas copias —se lamentó Preston, puesto bajo la custodia de dos tripulantes del *Sphynx*—. La que yo robé del cuello de lady Ashley valdrá al menos quince o veinte mil libras. Demasiado dinero para mí. Nunca tuve tanto.

—Eso es cierto —confirmó Enid Raines—, Warren no encargó copia alguna, puedo jurarlo. Sólo quería obtener el original, sin más trucos.

—¿Va a creerles a ellos? —refunfuñó sir Vincent.

—De momento, no creo a nadie. Ni tampoco el capitán Bradford. En un caso así, todo el mundo es sospechoso. Pero seguimos donde estábamos al principio, pese a la inestimable colaboración del señor Travis: hay un asesinato y una joya de incalculable valor que no aparece. Y que tal vez nunca subió a bordo en realidad...

—Eso es imposible. Viajaba en nuestro estuche de joyas, el que vigila Mason —replicó sir Vincent—. Insisto en que ella tenía que lucir la verdadera. No entiendo cómo puede haber dos copias. Es difícil que mi mujer se hubiera engañado en joyas.

—Sir Vincent, su mujer era experta en joyas posiblemente, pero ¿lo era en objetos arqueológicos? —preguntó el capitán Bradford.

—La verdad... no —tuvo que admitir sir Vincent—. Ella, no. Puede que la engañase la perfección de esa otra copia, pero ¿quién la pondría en lugar de la auténtica en nuestro equipaje? ¿Quién pudo efectuar el trueque a bordo de este barco? Porque yo sí soy experto en objetos de arte y de piezas históricas, y no me hubiesen engañado.

—Sin embargo, anoche resultó engañado al no reconocer una copia de un original durante la fiesta —le recordó Hassan, irónico.

—Sin duda estaba demasiado bebido para estar en mis cabales —admitió de mala gana el británico. Luego, miró de soslayo a Clark

Travis—, Me pregunto si todos podrán perdonarme mi torpeza, mi grosería, mi... mi estupidez de anoche...

—Por mi parte, el incidente está olvidado, sir Vincent —se encogió de hombros Travis—, Sobre todo, después de suceder algo tan espantoso. De veras lamento lo sucedido a su infortunada esposa. Era toda una dama, una mujer que sólo buscaba divertirse lo más posible en este mundo...

—Gracias, Travis —Ashley tragó saliva—. Gracias a todos... Ahora, quisiera estar solo,

por favor...

—Claro —asintió el capitán—. Vamos, señores. El señor Ashley tiene derecho a permanecer solo en estos momentos. En realidad, no nos queda mucho por hacer mientras esperamos que la policía de El Cairo llegue por vía aérea...

Abandonaron todos el camarote. Aún era de noche en el Nilo, pero pronto asomó por el horizonte una lívida claridad que dibujó las ruinas de Karnak con tintes fantasmagóricos, allá en la distancia.

—Ya empieza el día... —suspiró el oficial Moss, acodado en la borda, cuando Clark Travis pisó la cubierta, quedándose solo mientras los demás se dispersaban intentando descansar un poco—. Un nuevo día, tras una noche espantosa...

—Sí, es cierto —admitió Clark Travis, apoyándose junto a él en la barandilla, la mirada perdida en las fantásticas formas de piedra, recuerdo de milenarios hijos de los dioses, convertidos en monarcas del más asombroso Imperio que conoció la Historia—. ¿Quién iba a decirnos que nuestras vacaciones en el Nilo tendrían este trágico final?

—Tal vez no sea el final. Travis —respondió el primer oficial—. La policía puede que nos deje proseguir viaje, tras hacerse cargo del cadáver y de esa pareja de ladrones... Después de todo, el asesino no puede escapar de a bordo. Ni de Egipto.

—Aunque sigamos viaje, ya no será lo mismo. Creo que... Eh, oficial Moss, ¿qué es eso?

—preguntó Clark, de repente, con tono agudo.

—¿Qué? —preguntó el joven marino sobresaltado, siguiendo la mirada y el ademán de su compañero, en dirección a las aguas del río.

—Eso... Parece un... un cuerpo humano —señaló Travis, sorprendido.

—¡Cielos, es cierto! Un cuerpo humano... flotando junto al casco del barco... —Moss se volvió vivamente, haciendo sonar su silbato—. Tenemos que izarlo a bordo en seguida, pero ¿qué diablos puede haber ocurrido? No falta nadie a bordo... y juraría que ese cuerpo es el de un hombre europeo o americano...

De nuevo se conmocionó el barco de proa a popa. El capitán Bradford, en persona, dirigió la tarea de rescatar el cuerpo flotante, sin necesidad de descender con un bote salvavidas, utilizando largas pértigas para izarlo a bordo.

El oficial Moss tuvo razón. Se trataba de un hombre blanco, de mediana estatura y edad, vestido con buenas ropas. Evidentemente, no era de raza árabe, aunque el sol africano hubiese oscurecido su tez. Estaba muerto por asfixia, ahogado sin duda en las aguas, con fango en sus pantalones y cabellos. El doctor Carven calculó que debía llevar muerto algunas horas, y el fango detuvo sin duda el cadáver en el fondo, hasta que se liberó, emergiendo.

Fue el capitán Bradford quien, al registrar el cadáver, halló su documentación y, por tanto, quedó identificado el cuerpo sin lugar a dudas.

—Profesor Barnaby Cortland, ciudadano norteamericano —informó—. Director general de la International Cryonic Company, de Nueva York. Esos son los datos.

—Criónico... —repitió Travis entre dientes—. Cadáveres en hibernación, a la espera de ser resucitados algún día, en el futuro... ¿Qué hacía él aquí? ¿Turismo?

—Lleva pasaporte en regla, visado por la Embajada Egipcia, documentos acreditativos de un viaje de estudios... Obviamente, sus motivos para estar en Egipto eran profesionales, a juzgar por esos documentos medio borrados por las aguas.

—Y aparece muerto en el Nilo, frente a Karnak —comentó secamente Gamal Hassan—.

No tiene mucho sentido, ¿verdad, caballeros?

Y se quedó pensativo, estudiando el cadáver recién extraído del agua, como si se preguntara qué podía significar la presencia de un segundo cuerpo sin vida a bordo del *Sphinx*. El camarero Ahmed, silencioso

testigo de la escena, como tantos otros, parecía empezar a sentir un temor supersticioso, a juzgar por su expresión. Clark Travis miraba a la distancia, a las ruinas del Karnak, bañadas ya en una tibia luz dorada, como preguntándose cuál era el enigma de todos aquellos macabros sucesos.

Un helicóptero de la policía llegó poco más tarde, descendiendo de él dos funcionarios de seguridad egipcios. Otro helicóptero sobrevoló el Karnak y Luxor, para extrañeza de los viajeros del *Sphynx*.

—Señores, soy el inspector Mohamed Sadi, de El Cairo —se presentó uno de ellos—.

Viene conmigo un ayudante, para hacerse cargo de todo este asunto. Debo informarles que si hemos tardado más en abordar su barco, ha sido porque otros acontecimientos importarnos nos retuvieron en tierra. Hemos capturado a dos personas, dos médicos ingleses, los doctores Ethan Kelber y la doctora Florence Eastman, que se hallaban en las proximidades de Luxor intentando huir de la zona. Llevaban consigo material científico y técnico muy complejo, y poseían un helicóptero propio para evadirse. Al parecer, son los ladrones de la momia del faraón Menepkha II, en El Cairo, en complicidad con un tal profesor Barnaby Cortland, un americano que dirige un negocio de hibernación de cadáveres...

—¡El profesor Cortland! —exclamó el capitán Bradford, atónito.

—Eso es —el policía caiota le miró vivamente—. ¿Le conoce acaso, capitán?

—Tenemos su cadáver a bordo, inspector.. Venga a verlo.

Los funcionarios de la policía egipcia, a quienes se había unido Gamal Hassan, fueron a examinar el cadáver y sus documentos de identificación. Travis y los demás, formaban un cerco de curiosos espectadores en torno a la escena.

—Según los doctores arrestados en Luxor, el profesor debió robarles la momia cuando experimentaban con ella en un improvisado laboratorio montado en Karnak. Recuerdan

.que el profesor Cortland tenía una pequeña canoa motora de su propiedad para surcar el Nilo...

—No se ha visto canoa alguna en los alrededores —objetó el oficial Moss.

—Ni tampoco la momia del faraón —terció Clark Travis con extraña entonación—. Pero resulta curioso todo esto...

—¿Curioso? ¿El qué, señor? —se interesó vivamente el inspector Sadi, mirándole con curiosidad y perspicacia desde su rostro oscuro y ligeramente barbudo.

—Todo lo que sucede a bordo. Desaparece el auténtico Ojo de Amón, pieza única perteneciente a la tumba de Menebak II... y no lejos de aquí, unos médicos estudian una momia que desaparece, robada por uno de sus cómplices, y que resulta ser la de Menebak II, dueño del Ojo de Amón... ¿No les parece demasiado *casual* todo esto?

El policía. Hassan, el capitán Bradford y el oficial Moss se miraron entre sí, perplejos, al escuchar las palabras de Travis.

—El señor Travis tiene razón —admitió lentamente, como de mala gana, Gamal Hassan—. Su comentario es muy inteligente. ¿Por qué está sucediendo todo de este

modo? ¿Es algo más que simples coincidencias?

—Y recuerde algo —continuó Travis, con gesto ensombrecido—. Sigue habiendo un asesino desconocido a bordo, sigue faltando el auténtico Ojo de Amón... y por si fuera po-co, sigue sin aparecer la momia del faraón Menebak II...

Un súbito grito de horror, en alguna parte del barco, puso una nueva nota de tensión en los presentes...

* * *

Ahmed, el camarero egipcio, parecía ceniciento cuando apareció. Tal era la tonalidad que su lividez adquiría, bajo el tono habitual de su cetrina piel árabe.

—Allí... —jadeó señalando abajo, a la escalera que conducía a los camarotes de la planta inferior—. Es horrible...

Y se apoyó en el muro, con ojos dilatados por un miedo que iba más allá de lo razonable, como si realmente se hubiera enfrentado a algo salido de las mismas sombras de lo desconocido.

Tras el consiguiente revuelo, el inspector Mohamed Sadi y su ayudante, seguidos por Gamal Hassan, el capitán Bradford y el oficial Moss, formaron un compacto grupo dispuesto a enfrentarse con lo que

fuese. Se movieron hacia la escalera descendente, sin preguntar más a Ahmed, que parecía realmente falto del suficiente aliento no ya para hablar, sino ni tan siquiera para respirar.

Notó Clark Travis un roce contra él, giró la cabeza, y se encontró el asustado rostro de Ada Baldwin, contemplándole con ojos angustiados. Le aferraba un brazo, repentinamente asustada, como si buscara protección contra algo intangible y siniestro que estuviera dominando el barco y a sus ocupantes.

—Estoy realmente aterrorizada, Travis —gimió.

—Cálmese —la confortó él con una forzada sonrisa—. Ni siquiera sabemos lo que ha encontrado Ahmed... Por cierto que estoy deseando saber qué es ello...

—¿Va a bajar con los demás? —se alarmó ella.

—Si me dejan...

—Pues yo no me despego de usted. Prefiero acompañarle, ocurra lo que ocurra ahí abajo...

—No puede suceder nada, serénese, Ada. Esos policías van armados. Somos muchos los que vamos al encuentro de eso que tanto atemorizó a Ahmed. No hay cuidado, créame.

Siguieron a los policías y marinos al interior del barco. Pronto hallaron el motivo del terror de Ahmed. Supieron que nada tenían que temer de ello. Pero sí del responsable de que aquello hubiera sucedido.

Se trataba de la opulenta americana de los grandes pechos, la exuberante Marion Leslie. Estaba tendida en medio del pasillo de camarotes inferiores de la nave. Alguien le había roto el cuello con manos fuertes y destructoras. Su cabeza de larga melena castaña, se doblaba hacia un lado, grotesca y extrañamente.

—Otro asesinato... —jadeó roncamente el capitán Bradford—. Dios mío...

—No puede negarse que tienen ustedes un viaje movido —comentó con amargo sarcasmo el policía de El Cairo—. Esto empieza a ponerse realmente feo, señores. ¿Quién era ella?

—Marion Leslie, una rica y caprichosa americana, muy dada a

frivolidades —comentó el oficial Moss gravemente—. Tuvo un enredo a bordo con Neville Roselson. Debía de ser muy ardiente. Casi le mato de una crisis cardíaca.

—Pues no la trataron muy bien esta vez. Y eso, evidentemente, lo hizo un hombre. No pudo ser de otro modo —comentó el inspector Mohamed Sadi—. Hace falta bastante fuerza física para romper el cuello a una mujer.

—Tal vez las mismas manos que estrangularon a lady Ashley terminaron con esa americana —comentó pensativo el capitán Bradford.

—Tal vez —el policía se encogió de hombros, cambiando una mirada con Gamal Hassan—. Creo que lo mejor será que regresemos todos a puerto y la compañía naviera indemnice a los turistas de este fallido crucero por el Nilo, señores. No podemos correr el riesgo de que el asesino siga rompiendo cuellos femeninos por ahí.

—Evidentemente, esto pone algo en claro —comentó Travis, bruscamente.

Todos se volvieron a él. Le miraron, sorprendidos.

—¿Qué es lo que pone en claro, señor Travis? —indagó suavemente Hassan.

—Que los ladrones de guante blanco, Warren Preston, y Enid Raines, no pudieron ser los asesinos. El capitán los tiene sometidos a arresto, con vigilancia de dos tripulantes armados...

—Muy cierto —corroboró el capitán Bradford—. Travis tiene razón.

—En ese caso, ¿quién puede ser el asesino? —era Gamal Hassan quien hacía la pregunta.

Pregunta que, por supuesto, nadie respondió.

Clark Travis se soltó de Ada Baldwin suavemente. Fue hasta el cadáver de Marion Leslie y se inclinó sobre ella. El brillo de algo dorado había atraído su mirada. Tomó uno de los flácidos brazos del cadáver. De sus dedos crispados, saltó un destello. Travis señaló lo que colgaba de entre esos dedos fuertemente apretados.

—¿Qué es eso? —indagó curiosamente el inspector Sadi, enarcando las cejas.

—Oro, inspector —dijo Clark con calma—. Eslabones de oro de una cadena rota.

Conocería esos eslabones en cualquier parte. Los recuerdo muy bien. Pertenecen a la cadena de oro que llevaba anoche lady Elizabeth Ashley, para sujetar su Ojo de Amón...

CAPITULO VIII

Regresaron a cubierta, donde el doctor Carven se ocupaba de Ahmed en esos momentos. De nuevo iban a comenzar los interrogatorios y los trámites para tratar de averiguar quién pudo asesinar a Marion Leslie recientemente.

—Tiene trabajo allá abajo, doctor —señaló gravemente el capitán Bradford—. Otro cadáver...

—¡Dios! —jadeó el médico de a bordo—. Esto empieza a convertirse en una costumbre, capitán...

—Una horrible y desgraciada costumbre, es cierto —admitió el marino con gesto sombrío—. ¿Cómo está Ahmed?

—Bien, dentro de lo que cabe. Sufre un tremendo *shock*, capitán. He tenido que darle un sedante. Ahora van a conducirlo a su camarote para que descanse.

—¿Tanto le afectó ver el cadáver de esa dama americana? —Bradford meneó la cabeza—. Creí que la gente de este país tenía más templados los nervios, doctor.

—El no me habló del cadáver, exactamente —comentó el médico con expresión preocupada. Evidentemente, no es lo que le afectó tanto.

—¿Qué pudo ser, entonces? —se extrañó el capitán.

—Bueno, de eso quería hablarle. Comentaba cosas incoherentes mientras le atendía, capitán. Pero repitió varias veces una misma cosa, y cada vez que lo decía, su miedo era mayor.

—¿Qué cosa era, doctor? Me intriga usted.

—Era una frase absurda. Pero la repetía con insistencia, como una obsesión —el médico hizo una pausa, inclinó la cabeza, y tras un profundo suspiro, explicó a los que le escuchaban—: Decía: «Ha sido el faraón... Yo le vi... El faraón vivía... El faraón estaba vivo....

moviéndose...» Y así una y otra vez, señor.

—Cielos... — levemente pálido, el capitán Bradford se enfrentó a los funcionarios árabes, que se habían quedado rígidos, y a Travis y el oficial Moss, que cambiaban en ese momento una mirada de estupor —. Sin duda tuvo una alucinación, ¿no creen?

—¿De qué otro modo... podría explicarse lo que dijo Ahmed? —el tono de voz de Gamal Hassan era tenso, inquieto.

—Existe otra explicación mucho más fantástica, señores —terció Clark Travis con expresión sombría—. Recuerden que el profesor Cortland dirigía una empresa de hibernación de cadáveres... Y que robó la momia del faraón Menebak II. Ahora, el profesor está muerto... ¿Qué vinieron a hacer a Karnak los doctores Kelber y Eastman, con el cadáver del faraón? ¿Intentar acaso RESUCITARLO?

Hubo un silencio profundo, casi sobrecogedor, tras las palabras de Travis. Todos le miraron como si estuviera loco.

—Eso es una insensatez, señor Travis —rechazó secamente el inspector Sadi—. Nadie puede resucitar a una momia.

—Tampoco nadie puede resucitar *todavía* a un muerto crionizado. Pero el doctor Kelber acaso lo intentó, pese a todo. Hemos encontrado el cadáver del profesor Cortland, pero no el de la momia robada. El faraón ha desaparecido. ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿por qué Ahmed cree haberlo visto moverse por ahí, vivo? Yo en su lugar, señores, intentaría

ante todo poner en claro esos interrogantes. Pero, claro está, yo no soy policía ni ése es mi trabajo.

—¿Se imaginan lo que dirían nuestros superiores, el Gobierno mismo, si le dijéramos que estamos buscando a una momia faraónica como sospechosa de un crimen? —

comentó sarcástico el inspector.

—Claro que lo imagino. Sé que resulta difícil de admitir, pero ¿entonces quién es el asesino y por qué Ahmed creyó ver lo que afirma? ¿Dónde está la momia, dónde el Ojo de Amón?

—Demasiadas preguntas sin respuesta —suspiró Gamal Hassan, con un brillo astuto en sus ojos al mirar pensativo al joven turista americano—. Pero tal vez antes de llegar de regreso a El Cairo, tengamos las respuestas de todas ellas. Ahora, capitán, por favor, haga

dar vuelta al barco. Tenemos que volver. Lo lamento, pero no hay otro remedio. Explique eso al pasaje. El Gobierno se hará cargo de las indemnizaciones, si es preciso.

El *Sphinx*, lentamente, giraba poco después en redondo, iniciando su singladura fluvial, de regreso a El Cairo. Atrás quedaron las maravillas faraónicas de Luxor, del Karnak y del Valle de los Reyes.

A bordo, tres cadáveres y una angustiosa interrogante, formaban el nuevo lastre que el barco de regreso llevaba en su retorno a puerto.

* * *

Las estrellas brillaban sobre el Nilo, mientras la luna iba subiendo hacia el cenit, redonda y blanca, empezando a borrar el fulgor de los demás astros en torno suyo. La noche era cálida, seca y silenciosa. El aire, perfumado y tranquilo. Como si todo fuese un paraíso en torno de ellos. Donde nada malo podía suceder.

Y, sin embargo, seguían llevando un asesino a bordo. Un desconocido asesino que las indagaciones del inspector Sadi y del funcionario Hassan no habían logrado identificar tampoco esta vez. Warren Preston y su compañera Enid habían sido autorizados a moverse por el barco, aunque sujetos a vigilancia y bajo arresto hasta llegar a El Cairo, acusados de hurto de joyas. En los frigoríficos de a bordo, tres cuerpos sin vida esperaban la autopsia en El Cairo, y luego su envío a sus respectivos puntos de destino. Había inquietud, temor y tensión a bordo. Evidentemente, la noche resultaba engañosa, con su apariencia tranquila y serena.

—Creo que no me será posible dormir. Clark.

—¿Por qué no? —Travis se volvió hacia Ada, dejando de contemplar el lento desfile de las orillas del Nilo, allá enfrente, mientras remontaban el río con lentitud—. Mañana estaremos en El Cairo, y la pesadilla habrá terminado.

—¿Crees que habrá terminado realmente? ¿Sabremos alguna vez quién mató a esas personas, quién robó el auténtico Ojo de Amón y qué destino ha corrido la momia robada?

—Supongo que algún día leeremos en los diarios el desenlace de este asunto, que resultará infinitamente más vulgar de lo que suponemos. No puedes hacer caso de las alucinaciones de un árabe que cree quizás profundamente en todas esas supersticiones

de las maldiciones faraónicas.

—¿Y de las teorías de unos científicos? Ahora sabemos que el doctor Kelber y la doctora Eastman intentaban devolver la vida a Menebak II... Han sido sus declaraciones a ¡a policía, según el mensaje recibido por el inspector Sadi.

—Pero no afirman que lo lograsen. Sólo que Cortland les robó la momia del laboratorio, escapando con ella.

—Eso tampoco lo vieron ellos con sus propios ojos. Es lo que *creen* que pasó. Sólo eso, Clark.

Travis sonrió, lomando a la joven por los hombros. Los ojos de ella parecían más color violeta que nunca, a la luz de la luna, en aquel barco que navegaba río arriba, perezosamente, en una quieta y aromática noche africana. El río del ibis sagrado, era como un mundo diferente que pronto sería para él, en medio del ruido, el humo y la polución de Nueva York, como un recuerdo fantástico.

—¿Está realmente asustada por algo? —se interesó.

—Sí, Clark —ella se estremeció, mirándole profundamente—. Muy asustada.

—¿También crees en las momias vivientes? —sonrió él.

—Creo en algo horrible y siniestro que se halla a bordo de este barco. Sólo eso.

—Escucha, Ada. Sigo pensando que el Ojo de Amón es la clave de todo este asunto.

Mataron a lady Elizabeth Ashley por él, pero sólo lucía una copia al ser hallada. Luego, es Marion Leslie quien aparece muerta... con fragmentos de la cadena de lady Ashley en sus dedos, arrancados quizá al asesino en su desesperado esfuerzo final. Evidentemente, es el asesino quien tiene en estos momentos el auténtico Ojo de Amón. Por él han muerto dos personas. Por tanto, tiene que ser un ser humano, un hombre ambicioso y sin escrúpulos, quien cometiera ambos delitos.

—Sí, pero ¿quién?

—Cualquiera, Ada —se encogió de hombros Clark Travis, con expresión animosa—.

Pudo sentirse atraído el culpable por el valor material de la pieza... o quizá por su valor in-trínseco como pieza única, como objeto histórico o funerario...

—¿Quién haría una cosa así?

—Un árabe, un egipcio que deseara recuperar lo que fue robado a sus muertos, pongamos por caso. A un nativo no le atraería el valor monetario de la joya, sino la necesidad de devolverlo a su lugar de origen, de reintegrar a Egipto un patrimonio nacional ilegalmente sacado del país.

—¿Crees que es eso lo que sucedió realmente?

—No puedo saberlo. Me limito a hacer conjeturas. Si fue un turista el ladrón, su objetivo sin duda era el lucro. O la obsesión por poseer una pieza única, que no tiene precio en el mercado. Hay gente que mataría a quien fuese por conseguir una obra de arte para su colección. Y acostumbra a ser gente rica, honorable y poderosa.

—En resumen: pudo ser cualquiera de nosotros el asesino.

—Sí. Cualquiera. Pero necesariamente un hombre. Esa fuerza física para estrangular o romper el cuello a su víctima, señala el sexo del agresor.

—¿Y no pudo ser... *la momia*? —preguntó Ada Baldwin con un escalofrío, dilatando sus pupilas por el ramalazo de terror que en ese momento la invadió.

—La momia... —Clark sonrió, pero sus ojos estaban graves, serios, ensombrecidos—.

No, no lo creo, Ada, Eso son cosas del cine. Una momia, aunque resucitase, no tendría por qué ser malvada ni perversa, si tampoco lo fue en vida. La historia de Menebak II nos habla de un jovencísimo faraón, demasiado noble para advertir la perfidia de sus sacerdotes. Estos le envenenaron por estorbar sus planes de gobierno. Un ser así, aunque volviera a la vida, no sería capaz de causar daño a nadie, Ada.

—Pero le despojaron de algo que era suyo: El Ojo de Amón. Recuerda que salió de su propia tumba...

—El Ojo de Amón... —repitió Clark Travis apretando sus mandíbulas—. Siempre volvemos a él. Es la clave, sí. Pero ¿por qué? Juraría que todo gira en torno suyo.... incluso la desaparición de la momia. Sólo

que no logro entenderlo...

El viaje continuaba. Las aguas susurraban mansamente, lamiendo los costados del *Sphynx*. La luna silueteaba en la distancia los perfiles esbeltos de las palmeras, bordeando los huertos de las orillas.

—Creo que voy a descansar —suspiró Ada, tras una pausa—, ¿Quieres acompañarme, Clark?

—Por supuesto —asintió él—. No quiero que tengas temores innecesarios. Vamos ya.

La tomó de una mano, que notó fría y temblorosa, caminando con ella por cubierta, en dirección a los camarotes. La luna trazaba en el barco densas zonas de sombra, en contraste con su plateada luz.

Llegaron ante la puerta del camarote de Ada, vecino al de su jefe, sir Vincent Ashley, ahora ocupado sólo por el viudo de lady Ashley. Todas las luces de a bordo estaban apagadas tras los ojos de buey. Evidentemente, el día había sido lo bastante agotador como para que todos buscasen el descanso en la noche.

—Bien, Ada. Buenas noches. Y que tengas un sueño tranquilo. No temas nada. Duermo cerca de aquí. Si algo te sucede, llámame o ven a buscarme. Pero sólo serán pesadillas, te lo aseguro. No sucede nada, si te cierras bien la puerta y no abres a nadie, ¿está claro?

—Sí, Clark —asintió ella tímidamente—. Gracias por todo. Buenas noches, y... ¡Oh, Dios mío!

De pronto, sus manos se habían crispado sobre los brazos de Clark, y los ojos violeta miraban aterrorizados hacia algún punto situado a espaldas de él. Rápido. Travis se volvió, esperando ver algo alarmante. No descubrió nada en el pasillo de camarotes de cubierta, salvo los contrastes de luna y sombra.

—¿Qué ocurre? —indagó roncamente.

—Ha sido un momento. Clark —musitó Ada, temblorosa aún—. Allí enfrente... Pude verlo con claridad.

—¿Qué viste?

—Un hombre... Una sombra apenas. Se movía con rapidez. Desapareció en aquella puerta...

—¿Aquella puerta? —miró la que ella señalaba—. Sin duda sería un tripulante, Ada. Ese conducto lleva directamente a las máquinas y las bodegas.

—No era un tripulante —negó ella con viveza—. Llevaba algo dorado en el pecho... algo que brilló al herirlo la luna un instante. Y el torso iba desnudo. Era muy moreno.

—Algunos tripulantes de las máquinas son árabes. Ellos son morenos, y el calor de abajo les hace ir desnudos...

—El capitán no autoriza que suban así a cubierta. Además, está el objeto dorado.

Brillaba mucho. Y era grande, ovalado. Como..., como el Ojo de Amón.

Clark miró largamente a Ada, preguntándose si no estaría sufriendo una simple alucinación provocada por su propio miedo. Tras una pausa, respiró hondo y aferró sus manos con energía.

—Está bien —susurró—. Quédate en tu camarote. Yo iré a ver...

—¡No! —gimió Ada, estremecida—. No me quedaré sola por nada del mundo, Clark.

Voy contigo adonde sea...

—Como quieras —suspiró él—. Pero no tiene objeto que te molestes. Seguro que no será nada...

—Aun así, prefiero ir contigo. Me siento más segura. Clark.

—Conforme. Adelante...

La tomó de la mano con fuerza, y caminó rápido hacia la puerta señalada por ella.

Asomó. Una larga escalera descendente conducía a las máquinas. Sobre la plancha metálica se leía con claridad:

Dependencias técnicas. Prohibido el acceso

Hizo caso omiso de ello. Siempre con Ada tras él, apretando su mano con energía, comenzó a descender. Sus pasos sonaron huecos y metálicos en los peldaños. Pronto la luna quedó atrás, con su claridad lechosa, y las bombillas interiores de las instalaciones del barco fueron

la única luz visible.

El calor empezó a hacerse agobiante en el interior del *Sphynx*. La proximidad de los potentes motores Diesel era perceptible en la creciente temperatura. Se detuvieron en un corredor donde los caminos se bifurcaban en dos direcciones: la sala de máquinas propiamente dicha, y la bodega de carga.

—Seguimos sin ver a nadie —susurró Clark—. ¿Adónde vamos ahora, Ada?

Ella vaciló, indecisa. Clark Travis recordaba que en anteriores registros del barco, todo aquello había sido recorrido minuciosamente, sin encontrar nada anormal.

Estaba aún en la duda, cuando súbitamente, al moverse hacia las bodegas, algo brilló en el suelo, al reflejar la luz de una bombilla. Ada y él clavaron sus ojos en el destello intensamente azul.

—¿Qué es eso? —musitó ella, en tensión.

—Una piedra... —se inclinó, tomando entre sus manos una especie de botón circular de un tono intensamente azul—. Lapislázuli...

—¡Lapislázuli! —repitió ella, apretando sus dedos—. Había piedras así en el Ojo de Amón. ¿no es cierto?

—Eran rectangulares. no redondas —evocó Clark—, Pero debe formar parte de algún objeto... Se desprendió de algo decorativo, sin duda. Su talla debe ser muy antigua.

—¿No llevaban lapislázuli los faraones en sus adornos?

—Claro —sombrío. Clark cambió una mirada con ella. Guardó la piedra y miró, pensativo, hacia el corredor donde apareciera. Conducía a las máquinas, no a la bodega—

. Vamos por ahí, Ada.

Echaron a andar nuevamente. Poco después, una serie de escalones metálicos se hundían aún más en las entrañas del barco, y el calor se hacía insoportable. Un vaho

cálido subía de las máquinas. Oyeron lejanas voces de tripulantes en servicio. Pero antes de llegar a los motores, otra puertecilla lateral indicaba: Depósito de combustible

Estaba cerrada. Pero al mover Clark su tirador, cedió suavemente, sin chirriar, sobre goznes bien engrasados. Una cámara intensamente oscura les acogió. Clark trató de ver algo. Los dedos de Ada engarfiados a los suyos, estaban helados pese al calor.

—Tengo miedo. Clark —musitó ella—. Hay *algo* ahí dentro. lo presiento...

Era curioso. También él lo presentía, sin saber la razón. Pero las tinieblas resultaban impenetrables. Decidido, extrajo una caja de fósforos. Prendió uno con cuidado, ya que aquella cámara estaba destinada a depósito de combustibles.

La luz le reveló algo. Un brillo intenso, dorado, escapando desde detrás de una serie de bidones de metal negro, alineados en un lado. Aquella cámara no había sido registrada en anteriores ocasiones, que Travis recordara.

Apagóse el fósforo en sus manos. La sangre se heló en sus venas, y sintió tiritar a Ada.

Algo había producido un roce, un susurro en algún punto de la oscura cámara.

—Clark... —oyó el murmullo de voz de Ada—. Se mueve... *Algo se mueve...*

Travis asintió, moviendo la cabeza, aunque ella no podía verle. A su pesar, notó que le temblaba la mano. Pero aun así, hizo acopio de valor y encendió otro fósforo, moviéndose hacia adelante.

Ada lanzó un leve chillido de terror. Una sombra pareció moverse, agitarse y luego quedar inmóvil en la pared, pero todo pudo ser efecto de la llama del fósforo, porque nada allí se movía en apariencia. A la amarillenta claridad, ambos pudieron ver sin dificultad lo que se ocultara hasta entonces tras los bidones de combustible.

Allí estaba, tendida en el suelo, inmóvil, rígida, la momia de Menebak II, el faraón de la Diecinueve Dinastía.

Y lucía sobre su desnudo torso moreno el propio Ojo de Amón. El auténtico. Una verdadera maravilla de la orfebrería egipcia de miles de años atrás...

—Bien, mis queridos amigos —dijo una dura voz a sus espaldas, al tiempo que el deslumbrante chorro de luz de una lámpara eléctrica les

bañaba en su resplandor y arrancaba fulgores cegadores del dorado atributo regio—, Al fin me ayudaron a encontrar *mi* joya... Ahora tendré que hacer con ustedes lo mismo que hice con mi esposa y con Marion Leslie...

Se volvieron. El rostro congestionado y hosco de sir Vincent Ashley, tras la pistola automática con tubo silenciador, era una máscara de implacable furia homicida, en la que los ojos parecían brillar con fulgores de oro, al recibir el destello del Ojo de Amón.

CAPITULO IX

—De modo que era usted el asesino, sir Vincent...

—Sí, señor Travis —rió duramente el aristócrata inglés—. Si monté todo aquel espectáculo de celos y de embriaguez en la fiesta, fue sólo para provocar la salida de mi esposa y, posteriormente, poderla asesinar antes de que fuese demasiado tarde.

—Demasiado tarde, ¿para qué, sir Vincent? Después de todo, usted era el dueño de la joya, ¿no es cierto?

—Lo era. Pero se la tenía prometida ya a otra persona, y tuve que hacer una magnífica copia para suplirla y que ella no se enterase. Elizabeth, sin embargo, sabía más de joyas que lo que yo pensaba. Notó el cambio, y estaba dispuesta a todo.

—Temo no entenderle bien. ¿A qué estaba dispuesta en realidad?

—A separarse de mí. A divorciarse. La desaparición de la joya auténtica, le bastaría como prueba. Y eso era mi hundimiento —Ashley rió duramente—. ¿Saben una cosa que muy poca gente conoce? Lo cierto es que yo no tengo una libra desde hace mucho tiempo. Me arruiné en el juego y en malas finanzas. Era ella, Elizabeth, la dueña de todo el dinero. Dinero que pasaría a mí si ella moría, no si se divorciaba de mí. No la amaba en absoluto. La odiaba, deseaba a otras mujeres... Pero necesitaba su dinero.

—¿Usted deseaba a mujeres como Marion Leslie, la americana exuberante?

—Sí. Travis. Marion Leslie era mi amante. Otra mujer rica. Con lo que heredase de Elizabeth al matarla, y lo que Marion aportase en su matrimonio, me convertiría en uno de los hombres más ricos. No me importaban sus devaneos, sus apetitos sexuales desenfrenados. Marion era una ninfómana, pero yo no pensaba dejarme devorar por ella, sino beneficiarme de su dinero llegado el momento, aunque ahora me atrajese carnalmente. Podía divertirse con quien quisiera.

—Entonces, ¿por qué la mató? Era su futura gallina de los huevos de oro...

—La muy estúpida... Sospechó la verdad. Me acusó de haber matado a mi mujer. Y me dijo que, aunque había callado inicialmente, el asunto le daba miedo y no quería mezclarse por nadie en un caso de

asesinato. Entonces le entregué la joya, el auténtico Ojo de Amón, del que tenía realmente dos copias, una vulgar y otra de mejor calidad que era la que lucía mi mujer, tratando así de acallar sus escrúpulos. Estuvo a punto de ceder, vencida por la belleza de la joya. Pero luego la muy necia insistió en hablar, en poner las cosas en claro. Tuve que caer sobre ella... y romperle el cuello. Después, me costó bastante arrancarle de la mano la joya, y ustedes vieron parte de los eslabones de la cadena.

—Usted, sir Vincent... —musitó Ada, angustiada, mirando a su jefe—. Pensar que usted mató a esas dos mujeres...

—Y ahora debo matarles a ustedes —señaló a la momia inerte del faraón—. Esa joya vale demasiado para perderla. Y ustedes no pueden salir con vida de aquí. Saben demasiado. Si no intervengo, hubieran llevado momia y joya a los policías egipcios, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —suspiró Clark, teniendo contra su pecho a la asustada Ada

Baldwin—. Eso era lo justo. Esa joya nunca debió abandonar Egipto. Ni el pecho de su legí-

timo poseedor. Menebak II.

—¡Al diablo con esas estupideces! —rió duramente Ashley—. Una simple momia no necesita nada. La joya es mía. Y yo la disfrutaré.

—Si usted tenía en sus manos el Ojo de Amón cuando asesinó a Marion Leslie, ¿cómo se explica que ahora esté en ese cuerpo momificado? Eso no nos lo ha explicado, sir Vincent.

—Ni yo me lo he explicado tampoco. Guardé cuidadosamente esa joya, que podía convertirse en la peor prueba contra mí. Debía mantener mi historia de que nunca tuve el verdadero Ojo de Amón, sino esa copia perfecta y la otra más vulgar. De repente, vi que la joya había desaparecido de mi camarote, pese a estar en un escondrijo perfecto e insospechado que siempre llevo conmigo: un frasco petaca de whisky, que mirado al trasluz, permite ver el ambarino contenido del licor y la luz a través del vidrio oscuro.

Pero lo cierto es que todo eso es un simple juego óptico muy ingenioso, y el frasco se desmonta, teniendo un interior totalmente opaco, donde se ajusta perfectamente la joya, sin producir el más leve roce.

—Muy astuto. ¿Quién conocía ese escondrijo?

—Absolutamente nadie: ni siquiera Steve Mason, que vigilaba sólo la copia valiosa. Ni mi mujer, que creía que la copia era el auténtico, hasta que anoche lo advirtió, y me planteó el asunto del divorcio apenas regresáramos a Londres.

—De modo que la joya desapareció inexplicablemente...

—Eso es.

—¿Con frasco petaca y todo?

—No. El frasco apareció tirado en una papelería. Me aterró la idea de haber sido robado. Pero no podía denunciarlo a nadie, porque ya había *dos* Ojos de Amón localizados. Eso sucedió hoy, precisamente, a pleno día. Esta noche, mientras velaba, con las luces apagadas, les oí hablar a ustedes dos en la galería, y oí a la señorita Baldwin mencionar el objeto dorado en el pecho del furtivo individuo que había creído ver. Por eso les he seguido cautelosamente hasta aquí... y me alegro de ello.

—Va a matar a mucha gente por causa de esa joya, sir Vincent.

—Es la joya... y es mi impunidad futura. Y la fortuna de Elizabeth, que yo disfrutaré apenas entre en posesión de su herencia. Nadie sospecha de mi a bordo. Y ustedes no van a hablar jamás, amigos míos. De veras lo siento, pero no me dejan otro remedio... Será un final piadoso, se lo aseguro. No acostumbro a fallar. Bastará una bala.

El arma se elevó lentamente. Ada se abrazó a Clark, aterrada. El la retuvo contra sí, esperando lo peor, sabiendo que no existía solución posible.

Sir Vincent Ashley sujetaba en su mano derecha el arma de fuego con silenciador, en su zurda la potente lámpara eléctrica asestada sobre ellos. En las paredes, los reflejos dorados de la luz sobre el oro de la esplendorosa joya faraónica, hacían juegos extraños y fantásticos, como si la gema se moviera, pese a la inmovilidad de su difunto propietario.

Y, de repente, la lámpara pareció estallar. Su bombilla reventó, y con un fognazo, se quedó a oscuras. Las tinieblas lo invadieron todo.

Rápido. Clark empujó a tierra a Ada, arrojándose él mismo de rodillas. Lameó en la oscuridad el arma de Ashley dos veces. Sonaron dos

huecos taponazos. Las balas silbaron

sobre ellos.

—¡Malditos! —jadeó la voz de Ashley—. ¡Os cazaré de todos modos!

Ada cometió el error de tropezar con algún bidón de combustible. y el ruido localizó su situación. Rápido. Clark se precipitó sobre ella, haciéndola caer de espaldas, cuan larga era.

Otros proyectiles brotaron del arma, en peligrosos disparos que podían alcanzarles a ellos... o inflamar la carga de combustible almacenada allí, haciendo volar al barco por los aires.

Pero Ashley se había dado cuenta de ese peligro, y apuntó alto, esperando tener suerte. No la tuvo. La maniobra rápida de Clark, impidió que Ada fuese alcanzada en esta ocasión.

El jadeo ronco de sir Vincent Ashley era el único sonido ahora en toda la cámara en tinieblas. Clark Travis intentaba desplazarse sin hacer ruido. Su única esperanza era alcanzar por sorpresa a Ashley y desarmarle. Y eso no iba a ser fácil.

Nuevamente ocurrió algo inexplicable en la cámara de combustible de a bordo. Si antes fue la explosión que apagó la potente lámpara, esta vez, algo rodó en la oscuridad, con fuerte ímpetu... y en vez del jadeo que sonara hasta este momento, un alarido brotó de la garganta del aristócrata asesino, rasgando el silencio.

Rápido, Clark corrió en busca de alguna luz, tanteando los muros, mientras en el suelo seguían sonando gritos de dolor y estertores de rabia o de agonía. Ada sollozaba en alguna parte de la estancia.

Sus dedos nerviosos presionaron algún botón, y una luz amarilla inundó la cámara, al encenderse una bombilla en el techo.

La escena se presentó ante los ojos asombrados de Clark con toda su crudeza. Un pesado bidón de aceite había rodado inexplicablemente, hasta arrollar a Ashley, que yacía bajo su peso, en un rincón de la estancia, con el rostro desmesuradamente contraído. De su boca brotaba un hilo de sangre, y el bidón con su enorme peso, se apoyaba en su vientre y estómago, inmovilizándolo.

—No lo entiendo... —jadeó Clark—. ¿Qué pudo mover ese bidón, con tanto peso?

—Yo, no —sollozó Ada, corriendo hacia él, para refugiarse en sus brazos—. No sé..., no sé lo que pasó. Clark...

—Fuese lo que fuese, estamos salvados —dijo él sordamente—. Lo que dudo mucho, es que sir Vincent salga con vida de ésta. Debe estar reventado por dentro... Vamos, hay que avisar al capitán, a quien sea... y explicarles todo lo sucedido.

Se encaminó con Ada hacia la puerta. La abrió. Antes, giró la cabeza, ceñudo. Miró larga, silenciosamente, la hierática figura del joven faraón momificado, con su maravillosa joya en el pecho, tendido inmóvil tras lo bidones de combustible. Aquellos párpados cerrados, aquella boca apretada y yerta... Todo seguía igual. No, no podía haberse movido, pensó. Las momias no se mueven. No vuelven a la vida. Nadie puede hacer resucitar a un ser que murió más de tres mil años atrás.

Sin embargo...

Ni él ni Ada pudieron derribar y hacer rodar aquel bidón. ¿O sí fue uno de ellos, y no lo recordaba, en el nerviosismo y frenesí de su lucha por sobrevivir?

No estaba seguro. Sabía que nunca estaría seguro de nada. Ni de eso, ni del raro

oportunismo con que estalló la linterna de Ashley..., ni sobre la identidad del que robó la joya a Ashley, para devolvérsela a su único y legítimo propietario...

—Vamos, Ada —dijo con voz ronca, dominando un escalofrío—. Vamos ya...

Corrieron hacia la escalera ascendente. Poco después, el capitán y el médico corrían al frente de un nutrido grupo, hacia las salas de máquinas, para ver lo sucedido.

Sir Vincent sobrevivió cosa de una hora, antes de fallecer, con graves destrozos en su cuerpo. Confesó cuanto había declarado ya a Travis y a Ada. Pero, como sucediera antes, muchos puntos en su relato quedaron oscuros.

Y así siguieron siempre.

Siempre...

Clark Travis y Ada Baldwin eran ya matrimonio y residían en Nueva York, cuando un día leyeron la noticia, perdida entre las columnas de información de un periódico.

—¿Has visto esto, Ada? —preguntó Clark—, Es una noticia agradable, después de todo.

Ella se apoyó en su hombro, clavando sus ojos violeta en los titulares de la columna.

Pudo leer la noticia, fechada en El Cairo:

«Ayer fue restaurada a su lugar original, en una cámara del Museo de Arte Egipcio de esta capital, la momia del faraón de la Diecinueve Dinastía. Menebak II. Y con él, permanece ahora la joya única conocida como el Ojo de Amón, que fuera asimismo robada del patrimonio nacional egipcio. Una estrecha vigilancia y un sistema de alta seguridad, garantiza que ya jamás podrá nadie profanar el lugar ni apoderarse de la momia o de la joya.»

—Menebak II debe sentirse muy feliz en su nueva tumba, ahora que su joya está con él, como estuvo siempre —comentó Ada, con un suspiro.

—¿Tú también lo has pensado? —Clark Travis miró a su joven y bella esposa con ojos pensativos.

—Siempre lo he pensado desde aquella horrible noche a bordo del *Sphynx*, Clark —

confesó ella—. ¿Quién apagó la lámpara, quién derribó e hizo rodar el bidón? ¿Quién robó el Ojo de Amón a Ashley... y quien hizo ahogar en el Nilo al profesor Cortland, hundiendo su lancha motora?

Clark asintió lentamente. Sus ojos parecían mirar hacia un punto lejano e invisible, tal vez en otro lugar que no era de este mundo.

—Sí, Ada. Muchas preguntas quedaron sin responder. Sólo una cosa las explicaría.

—¿Cuál?

—Que el doctor Kelber y la doctora Eastman hubieran tenido suerte en su experimento.... aunque sólo fuese por unas breves horas.

—Pero eso es imposible. No ha llegado aún el día de la resurrección,

Clark.

—No, claro. Resucitar a un muerto, todavía es un imposible... Tienes razón, Ada. Todo, sin duda, tendrá su explicación lógica. Sólo que nunca la llegaremos a conocer.

Ella asintió, sonriendo, y se encaminó de nuevo a la cocina para terminar de preparar el desayuno a su esposo. Pero su rostro iba pensativo.

Y Clark Travis, releendo aquella noticia perdida en una página cualquiera del periódico, se preguntaba a sí mismo, con expresión sombría y preocupada:

— ¿Es, realmente, imposible? ¿Dejará de serlo algún día... o ha empezado a dejar de serlo ya?

Naturalmente, no había respuesta. Muchas cosas en el mundo no tienen respuesta.

Pero no por ello, el hombre sigue preguntándose y preguntándose cosas...

Cosas que quizá nunca se explicará.

Su mirada distraída se posó un momento en el muro. Creyó ver una sombra que no existía. Una sombra fugaz que sólo estaba en su imaginación.

La sombra de un faraón de quien le separaban tres mil quinientos años.

Respiró hondo. No, no había ninguna sombra allí. El sol lucía en el jardín, y estaba penetrando en el comedor de aquel barrio residencial en las afueras de Nueva York. Lejos, muy lejos de Egipto, del Nilo, de las ruinas faraónicas, de un mundo milenario y misterioso en el que, por un momento, había creído sentirse inmerso.

Lejos de cualquier sombra inexistente, como la de un ser a quien ellos dos debían la vida quizá.

Quizá.

Sólo eso. Una posibilidad fantástica. Un imposible.

Y sin embargo...

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.